

PADRES & HIJOS

Un retrato en familia

de

Víctor Vegas © 2009

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 3 actrices y 2 actores

Copyright © 2009

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores

Departamento de Dramáticos

c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.

Tel: (+34-91) 3499550

Fax: (+34-91) 3102120

Web: <http://www.sgae.es/>

E-mail: palvarez1@sgae.es

E-mail: vsvegas@gmail.com

R9-1220

Agosto, 2009

*Todas las familias felices se asemejan,
pero cada familia desdichada
es desdichada a su manera.*

León Tolstói

PERSONAJES

SIMÓN HIDALGO, hombre de más de 80 años, de apariencia frágil y enfermiza.

ALICIA SUÁREZ DE HIDALGO, mujer entre los 60 y 65 años.

JAVIER HIDALGO, hombre de 40 años.

ANA HIDALGO, mujer de 35 años.

NORAH KLEIN, mujer de 45 años; estadounidense, de facciones agradables y tan rubia como obesa.

Padres & hijos fue estrenada el 20 de enero de 2013 en el Foro San Antonio de Ciudad de México, bajo la producción general de Rimart Producciones, la dirección de Aida Andrade, y las actuaciones de María del Carmen Félix, Oscar Yoldi, Diana Brugada y Ricardo Ian.

1 / El hijo pródigo retorna a casa

Salón-comedor de los Hidalgo.

Alicia, sentada en el sofá, mira la tele.

Con el control remoto hace zapping sin detenerse el tiempo prudente para elegir un determinado canal. En algún momento, con la punta de los dedos de la mano libre, se presiona la sien como si le doliera la cabeza.

Sobre la mesa del comedor hay algunas bolsas plásticas de la compra, lo que hace suponer que está recién llegada de la calle.

De repente, sin razón aparente, Alicia comienza a llorar. Las lágrimas ruedan por sus mejillas, no paran de caer. Ella se las enjuga con la palma de la mano, como si nada, pero enseguida vuelve a tener el rostro empapado.

Se escucha un entrechocar de llaves, el crujir de una cerradura y luego un portazo. Alicia apaga instintivamente la TV, lanza el control remoto a un lado, sobre el sofá, y se levanta. Se va secando el rostro con ambas manos mientras camina hacia la mesa.

Entra Ana.

Alicia finge revisar las bolsas de la compra.

Ana cruza la escena a toda prisa sin siquiera reparar en la presencia de Alicia.

ALICIA: ¡Hey! ¿Y tu papá?

Ana se detiene justo cuando está a punto de salir.

ANA: Debe estar por llegar.

ALICIA: ¿Lo has dejado solo?

ANA: *(Protesta.)* ¡Mamá!

ALICIA: ¿Cuándo vas a entender que tu padre tiene más de ochenta años y una salud extremadamente frágil para andar solo por esas calles?

ANA: Tal vez cuando tú entiendas que no soy su niñera y que ya estoy crecida para este tipo de escenas. ¡Estoy hasta aquí de él y de sus achaques!

Da media vuelta y sale.

Alicia se queda pensativa.

Larga pausa.

*De nuevo se escucha el entrechocar de llaves, el abrir y cerrar de una puerta.
Entra Simón.*

ALICIA: *(Saliendo al encuentro de Simón.)* ¿Qué ha pasado? Ana acaba de cruzar esta sala hecha una furia.

SIMÓN: ¿Qué va a pasar? ¡Lo de siempre!

ALICIA: Lo de siempre.

SIMÓN: Tu hija me tiene muy poca paciencia.

ALICIA: *Mi hija* cuando hace algo que te disgusta, *nuestra hija* cuando es algo que te enorgullece.

Pausa.

ALICIA: Vamos. Cuéntame lo que hiciste esta vez para sacarla de sus casillas.

SIMÓN: Nada. No he hecho nada, mujer.

ALICIA: Simón...

SIMÓN: Te lo juro.

ALICIA: No te creo.

SIMÓN: Bueno... Está bien. Quizá *tu hija* no entienda que estoy demasiado viejo para ciertas cosas.

ALICIA: ¿Qué fue lo que pasó?

SIMÓN: *(Tras una pausa, resignado.)* Estábamos en el centro de comunicaciones desde donde se suponía que llamaríamos a Javier por teléfono, a su casa de Seattle, como habíamos quedado. Pero una vez allí, Ana se empeñó en que lo contactáramos por internet, porque, según ella, salía más barato y podríamos vernos las caras mientras conversábamos. Entonces tuve que ponerme esos aparatos en los oídos que quién sabe cuánta gente ha usado...

ALICIA: Auriculares. Se llaman auriculares.

SIMÓN: *(En lo suyo.)* ...Que por cierto, nadie me hará cambiar nunca de idea que es un acto muy poco higiénico. De paso, el aparato ese tenía otro

aparatico que, ¡por esto!, no se me mete en la boca. Y, dime tú, ¿qué necesidad tengo yo, a mi edad, de andar probando la saliva de otros a quienes ni siquiera conozco de vista?

ALICIA: ¿Entonces?

SIMÓN: Cuando llegó el momento de conversar con Javier, yo no lo escuchaba bien, o no, mejor dicho: ¡no lo escuchaba nada! Sólo un murmullo ininteligible. Y además su imagen se veía distorsionada en la pantalla del computador. Y, bueno, ya sabes que cuando uno no escucha bien, sin querer, uno comienza a levantar la voz, a hablar más fuerte, a gritar casi. Es una cosa natural.

*Mira a Alicia y se reprime; para de hablar.
Breve pausa.*

ALICIA: Ajá. ¿Y...?

SIMÓN: Pues nada. Que al parecer sin quererlo he montado un espectáculo y todos se nos han quedado mirando.

ALICIA: ¡Simón!

SIMÓN: *(En lo suyo.)* Y enseguida ha venido alguien que trabajaba allí a decirnos que si continuábamos con aquel escándalo, se vería en la obligación de pedirnos que nos marcháramos del local. ¡Mujer! Aquello indignó de tal manera a tu hija..., pero en lugar de reclamarle al tipo que nos había dicho tal cosa, pues la cogió conmigo. ¿Puedes creerlo? Decía que cada día estaba peor, que no sabía comportarme en público, que si mis achaques de viejo y blablablá. Te repito, Alicia, yo no tuve ninguna culpa. Te juro que no escuchaba a Javier y lo único que quería era escucharlo para poder contestarle, para poder conversar tranquilamente con nuestro hijo...

ALICIA: ¿Entonces no pudiste hablar con Javier?

SIMÓN: Claro que sí. Hablé con él. Pero sólo porque al final yo decidí quitarme aquel aparato del carajo, levantarme de la computadora, dejar a Ana hablando sola y pedir que me dieran una cabina para llamarlo por teléfono.

ALICIA: ¿Y qué te dijo? Por fin ¿viene para navidad?

SIMÓN: Viene, viene.

ALICIA: (*Entusiasta.*) ¿Qué buena noticia! Finalmente, después de tantos años, tendremos una cena de navidad como debe ser. Otra vez todos juntos como una verdadera familia. (*Breve pausa. Mira a Simón.*) Pero no te noto muy contento.

SIMÓN: ¡Sí que lo estoy, mujer! Claro que estoy contento. Imagínate. ¿Cómo iba a no estarlo? Nuestro hijo vuelve a casa después de tanto tiempo. ¿Cuántos años son ya?

ALICIA: Cinco.

SIMÓN: A ver... (*Se esfuerza en recordar y saca cuenta con los dedos.*) ¡Cinco! Cinco años en los que ha vivido alejado de su familia... de su casa y su gente, de su país...

Silencio.

Simón se frota las manos, abstraído en sus pensamientos; sin duda, algo le preocupa. Alicia se percata de su actitud.

ALICIA: Simón, tú me estás ocultando cosas... (*De pronto angustiada.*) ¿Javier está enfermo? ¿Le pasa algo malo a mi hijo? ¡Dímelo!

SIMÓN: Nuestro hijo está bien, mujer. No tienes porque ponerte así.

ALICIA: ¿Entonces? No te entiendo.

SIMÓN: ¿Y qué es lo que no entiendes?

ALICIA: No te hagas el tonto. No entiendo tu comportamiento, tu actitud. Se nota a leguas que algo te preocupa.

Breve silencio.

SIMÓN: Javier está bien, Alicia. Eso y que vendrá para navidad es lo único que debe importarnos ahora.

ALICIA: ¡Simón Hidalgo!

SIMÓN: ¿Por qué coño tienes que ser tan obstinada?

ALICIA: ¡Habla!

SIMÓN: Está bien, está bien. Pero que conste que no quería decírtelo porque tal vez no sea nada, sino puras suposiciones mías. Cosas que me invento en mi cabeza de viejo.

ALICIA: Habla ya.

Silencio.

SIMÓN: Javier me dijo que nos tenía reservada una sorpresa para el día de navidad.

ALICIA: ¿Y...?

SIMÓN: ¡Pues eso!

ALICIA: ¿Eso es todo?

SIMÓN: Sí, claro. Eso es todo. "Papá: les tengo reservada una sorpresita a mi regreso el día de navidad". Eso fue exactamente lo que dijo.

ALICIA: ¿Y a eso se debe tu preocupación?

SIMÓN: ¿Por qué no quiso decirme nada más?

ALICIA: Obvio, Simón. Porque sea lo que sea que esté preparando nuestro hijo, si te lo cuenta, entonces hubiera dejado de ser sorpresa.

SIMÓN: No sé, no sé. Hubo algo en su tono que no me convenció del todo. Yo quise indagar más pero él no soltó prenda.

ALICIA: Como de costumbre tú buscándole cinco patas al gato.

SIMÓN: Espero que esos gringos del carajo no le hayan metido ideas raras en la cabeza.

ALICIA: Javier no es ningún muchachito, Simón. Tiene sus principios y valores bien arraigados. ¡Por favor! Nadie va a manipularlo a estas alturas.

SIMÓN: ¿Eso crees?

ALICIA: Dentro de poco cumplirá los cuarenta y a esa edad, créeme, es difícil que alguien se deje engatusar.

SIMÓN: No sé, No sé. Esos gringos saben cómo ingeniárselas para envolver y embaucar a la gente. Cuando quieren captar a alguien con talento, se inventan cualquier excusa para atraparlo. Los conozco. Son capaces de hacer que a una rana le crezcan pelos.

ALICIA: El que a veces se las ingenia para que a mí me crezcan canas, pero verdes, eres tú, Simón Hidalgo. Déjate de andar pensando en tonterías y volvamos a tu conversación con Javier.
(Emocionada.) A ver, ¿qué más te ha dicho?

SIMÓN: Que le está yendo muy bien en su nuevo empleo.

ALICIA: ¡Ya era hora!

SIMÓN: (Sin mucho entusiasmo.) Sí.

ALICIA: Por fin esa gente se ha dado cuenta de la valía de nuestro muchacho. No era justo que continuara subempleado de mesonero o lavaplatos en restaurantes de a tres por cuarto. Para algo estudió tanto y sacó un título universitario, ¿no? Tarde o temprano esa gente tenía que reconocerlo y ofrecerle el puesto que se merece. Me alegro mucho por Javier. Ojalá hubiera podido hablar con él.

Simón continúa intranquilo.

ALICIA: ¿Qué pasa? ¿No te parece una buena noticia que a nuestro hijo le esté yendo bien en los Estados Unidos?

SIMÓN: ¡Ah!

ALICIA: No has escuchado nada de lo que he dicho.

SIMÓN: Lo siento. ¿Qué has dicho?

ALICIA: Te hablaba de que me alegraba mucho de que a Javier le estuviera yendo bien en su nuevo empleo. Por fin trabaja allá en lo que se graduó aquí. Valió la pena que esperara, que tuviera paciencia. ¿No te parece estupendo?

SIMÓN: ¿Eso crees?

ALICIA: ¿Qué? ¿No te alegras por él?

SIMÓN: Me alegro, claro.

ALICIA: ¿O acaso prefieres que nuestro hijo continúe lavando platos y sirviendo mesas?

SIMÓN: ¡Qué dices! Desde luego que no.

ALICIA: ¿Entonces?

SIMÓN: Escucha, mujer: ¿Qué tal si ahora que mejora la situación de Javier en Estados Unidos él decidiera quedarse allá para siempre? ¿Qué tal si no quisiera regresar a su país, a su casa, con su gente, con nosotros?

ALICIA: ¿Quedarse a vivir Javier en los Estados Unidos?

*Se miran.
Breve silencio.*

ALICIA: ¡Noooo! Si él mismo dijo antes de irse que sería por poco tiempo. A lo sumo cinco o seis años.

SIMÓN: Te confieso que en el fondo es eso lo que me ha estado dando vueltas en la cabeza desde mi conversación con él.

Alicia se acerca a Simón y trata de calmarlo.

ALICIA: Hemos criado bien a nuestros hijos. Le hemos inculcado los valores correctos, le hemos transmitido principios que no permitirían que otros los corrompan. Nuestros hijos son dos personas maduras, inteligentes, buenas e íntegras. Y nada ni nadie en el mundo va a cambiar eso.

SIMÓN: Pareces tan segura.

ALICIA: Javier ama este país tanto como nosotros y sé que no criaría a sus hijos en ningún otro lugar.

SIMÓN: Ojalá sea cierto.

ALICIA: "Sólo va allí a conocer de primera mano las entrañas del imperio. La mejor forma de conocer a tu enemigo es precisamente desde adentro".
¿Recuerdas? Eso fue lo que me dijiste hace cinco años para convencerme de que era una buena idea dejar que Javier hiciera ese viaje y de que viviera esa experiencia.

SIMÓN: Y me encantaría seguir pensando igual, Alicia, pero después de mi conversación de hace un rato con él... ¡Te juro que ya no sé qué pensar!

ALICIA: Por favor, no le des más vueltas al asunto, ¿quieres? Tú y yo conocemos a gente del partido que ha vivido en Estados Unidos por algún tiempo y ha vuelto de allí con sus ideas y principios reforzados. Sin ir más lejos, el hijo mayor de Charo y Andrés. Estuvo seis años allá y regresó odiándolos más. ¿No lo habrás olvidado, verdad?

SIMÓN: No, no lo he olvidado. Pero al hijo de Andrés y Charo los gringos le hicieron la vida imposible, lo trataron a las patadas en todo momento, como si fuera un esclavo, porque no tenía estudios ni ningún tipo de preparación. Le hicieron sentir que era menos que la escoria. En cambio con Javier, que tiene un título universitario, han sido menos perros y ahora...

ALICIA: ¡A mi Javier no lo van a cambiar!

Breve silencio.

SIMÓN: Los estadounidenses se han cagado tantas veces en nuestras banderas que de sólo pensar que nuestro hijo pudiera...

ALICIA: Hoy las cosas son muy distintas, Simón. Hay un despertar en toda la región. ¡Ya no somos los mismos pendejos de antes! Hemos aprendido. A los golpes, pero hemos aprendido.

SIMÓN: Sí, tal vez no seamos los mismos pendejos de antes... Aunque considero que todavía nos queda mucho trecho por andar... Pero sí, ojalá todo esto que nos está sucediendo signifique un comienzo para ese mundo mejor, posible y distinto que tú y yo siempre hemos soñado. Doy gracias a la vida por permitirme verlo y vivirlo. (Pausa.) ¡Cómo me

gustaría que Javier estuviera aquí para que disfrutara con nosotros estos momentos!

ALICIA: Lo disfrutaré, en las próximas navidades, cuando venga a visitarnos. Y ya verás que el momento que vivimos como país lo entusiasma de tal manera que decidirá regresar y esta vez será para quedarse. Y de forma definitiva. ¡Ya lo verás! No tengo ninguna duda al respecto.

2 / Tradición y familia

Alicia y Ana, sentadas a la mesa, preparan el plato criollo tradicional de la época decembrina: hallacas.

Sobre la mesa están dispuestas cacerolas de distintas formas y tamaños, con coloridos contenidos, además de las hojas de plátano, hilo pabilo y el resto de los ingredientes necesarios para la preparación del plato navideño por excelencia en Venezuela.

ALICIA: Pásame las alcaparras.

*Ana lo hace.
Breve silencio.*

ANA: ¿Me alcanzas los encurtidos, por favor?

Alicia intenta pasarle la cacerola con los encurtidos a Ana, pero en el movimiento, suelta un pequeño quejido al tiempo que se lleva una de las manos a la cabeza.

ANA: ¿Qué te pasa?

ALICIA: No es nada. Sólo un dolorcito de cabeza que desde hace días me está molestando. Viene y se va. No te preocupes.

ANA: Si quieres, vete a descansar un rato. Yo puedo continuar sola.

ALICIA: No es para tanto.

ANA: ¿Seguro?

ALICIA: Debe ser a causa del estrés y el trajín natural de estos días.

ANA: *(Irónica.)* O de la emoción y la ansiedad de volver a ver a tu *muchachito*.

ALICIA: *(En tono de advertencia.)* Ana...

Ana sonríe y mira hacia el lado de la mesa donde han ido colocando las hallacas envueltas, armadas, listas para ser amarradas y metidas a la olla con

agua caliente que seguramente está esperando sobre una de las hornillas de la cocina.

ANA: ¿Cuántas hallacas van ya? ¿Estás llevando la cuenta, no?

ALICIA: Van veintitrés.

ANA: Por cierto, me pregunto cuántas hectáreas de plátano son necesarias devastar por esta época para cumplir con esta tradición.

ALICIA: Ana, las tradiciones no se cuestionan. Son eso: tradiciones. Una generación se las trasmite a la siguiente y así se conservan en el tiempo. Es la forma más elemental y natural de crear cultura en las sociedades. Yo aprendí a hacer hallacas de la mano de mi mamá y tú has aprendido de la mía. Cuando tengas hijos, entonces, llegado el momento, tú también...

ANA: Hey. Detente. No sigas por ahí, por favor.

ALICIA: Tú empezaste.

ANA: Por supuesto. Soy yo la que siempre comienza las discusiones y peleas en esta casa. ¡La rebelde sin causa! ¡La...!

ALICIA: Ana...

ANA: Me podrías decir ¿por qué tenemos que caer en la misma conversación todos los años mientras hacemos las benditas hallacas? ¿Se ha vuelto acaso parte de la tradición?

ALICIA: No sé cual es tu problema, hija. Te lo he dicho mil veces: tú serías una excelente madre. No tienes por qué tenerle miedo a la maternidad.

ANA: Sabes que no se trata de eso.

ALICIA: (*Irónica.*) Ah, claro. Perdón. Se trata de una *decisión*.

ANA: Exacto. De la misma forma que tú un día decidiste tener hijos, yo he decidido no tenerlos. Así de simple. ¡Punto!

ALICIA: *Así de simple.*

ANA: Te lo repito por enésima vez, y no me cansaré de hacerlo mientras tú insistas en coger por estos caminos: vivimos en un mundo sobrepoblado, mamá, donde una minoría privilegiada piensa que los recursos naturales son ilimitados y por esa razón los gasta a manos llenas, irresponsablemente. Creo que en estos tiempos, la gente de pensamiento progresista como tú y papá, más bien debería aplaudir y estimular una decisión como la mía. En cambio, ¿qué haces tú? Vives presionándome para que te dé un "nietecito".

ALICIA: Estás exagerando. Yo no te presiono.

ANA: ¿Que no lo haces? Cada vez que puedes me sacas lo de los hijos, aún sabiendo que no los quiero. Que si los hijos son una bendición, que si yo sería una excelente madre, etcétera. Si eso no es una forma de presión, dime entonces qué es.

ALICIA: ¡Okey! ¡Okey! Si eres tan sensible con el tema lo dejamos y ya. Te prometo que de hoy en adelante no vuelvo a sacarlo en nuestras conversaciones.

ANA: Tampoco es para que te lo tomes así.

ALICIA: Te lo juro. De ahora en adelante la maternidad será un tema vedado entre nosotras.

ANA: Mira, mamá, quiero que entiendas que no es un capricho mío sino que va más allá: se trata de una cuestión de principios. He decidido no tener hijos por convicción y no porque le tenga miedo a la responsabilidad de ser madre.

ALICIA: Lo que tú digas.

ANA: Si la gente, antes de concebir hijos, fuera más responsable y se lo pensara dos veces, seguramente el mundo no tendría las cifras demográficas actuales y seríamos muchísimo menos.

ALICIA: (*Irónica.*) O ya hubiéramos desaparecido como especie.

ANA: Ja, ja. Muy graciosa.

ALICIA: Si no lo he dicho para que te rías.

ANA: (*En lo suyo.*) Yo creo que un hijo debe ser resultado del amor y el deseo de la pareja. No puede ser, bajo ninguna circunstancia, consecuencia de la presión social o familiar, de una equivocación, ni del descuido o desorden en la disciplina de las "pastillitas". O algo mucho peor que todo lo anterior: una lista creciente de sacrificios y frustraciones.

ALICIA: Los hijos son una bendición, no un sacrificio.

ANA: Los jóvenes de hoy tenemos la obligación de ser más conscientes y responsables de lo que fueron ustedes para tratar de no repetir sus errores. ¡Ah! Y no lo digo por ti, que quede claro. No te lo voy a tomar a pecho, como un reclamo personal. Lo digo de manera general.

ALICIA: Ya lo sé.

ANA: Porque a causa de que ustedes, nuestros predecesores, no midieron suficientemente sus decisiones antes de implementarlas, hemos llegado al atolladero que vivimos en la actualidad, con un mundo sobrepoblado y sobreexplotado, de enormes desigualdades, contaminado y trabajando a marcha forzada para satisfacer nuestras necesidades. Y habría que agregar a todo esto efectos como el calentamiento global, el cambio climático y mil problemas más... ¡Y el origen de todo es que somos demasiados! Nuestro pobre planeta no aguanta más, por eso es que algunos deberíamos colaborar con él y dejar de reproducirnos como bacterias.

ALICIA: Me vas a perdonar, hija. Ahí discrepo contigo. La culpa de todo la tiene el capitalismo. Si el mundo se rigiera por un sistema diferente, menos individualista y egoísta, donde la obsesión por el consumo y el crecimiento económico no fueran la prioridad sino la noción de servicio a la colectividad como incentivo del trabajo, que todos nos esforzáramos por reintroducir un sentido solidario y humano en las relaciones sociales, te aseguro que las cosas serían muy distintas.

ANA: Tal vez tengas razón, mamá, pero el caso es que ahora mismo el problema lo tenemos todos y todos

deberíamos contribuir a buscar soluciones. Y una de las alternativas es que la gente pare de reproducirse como vienen haciéndolo hasta el día de hoy. ¡No somos animales, por Dios! Somos seres pensantes, ¿o no?

ALICIA: (*Intentando desviar el tema.*) Creo que hay ya suficientes hallacas para empezar a amarrar. Deberíamos llamar a tu papá.

ANA: ¿No podríamos esperar otro poco?

ALICIA: Lo siento, pero después nos atrasamos y nos agarra la noche.

ANA: Aguardemos un ratito más, ¿quieres?

ALICIA: Tú papá ya no tiene la misma agilidad de antes. Así que será mejor que comience desde ya. Además, aunque sé que tampoco te gusta que te lo repita año tras año: "las hallacas es un plato para ser preparado en familia".

ANA: (*Fastidiada, repite a coro con Alicia.*) "...es un plato para ser preparado en familia".

ALICIA: Muy bien. Me alegra que lo recuerdes.

ANA: ¡Qué pesada eres, mamá!

ALICIA: Seguro que mucho menos que tú, cariño.

ANA: (*Resignada.*) Está bien. Llama a papá.

ALICIA: (*Proyectando su voz hacia uno de los laterales.*) ¡Simón! ¡Simón!

SIMÓN: (*Voz en off.*) ¡Dime!

ALICIA: ¡Ya puedes venir a amarrar! (*A Ana.*) Y tú, por favor, intenta tenerle más paciencia a tu padre, ¿de acuerdo?

ANA: Haré el esfuerzo, pero no te garantizo nada.

Entra Simón.

SIMÓN: Así que me toca unirme ya al equipo, ¿eh? ¿Qué tal la faena?

ALICIA: Pues vamos muy bien y creo que por primera vez en muchos años no voy a necesitar salir a última hora, a la carrera, a comprar algo que se nos ha acabado.

ANA: Ya era hora.

Simón se ha acercado a la mesa y hace el gesto de coger algo de una de las cacerolas. Alicia le da un pequeño golpe en la mano cuando está a punto de cogerlo.

ALICIA: ¡Deja eso!

SIMÓN: *(Tras una pausa, después de contemplar la mesa.)*
¡Caramba! ¡Pero si ya llevan hechas un montón!
¿Por qué no me llamaron antes?

ALICIA: Perdona. Ana y yo nos hemos distraído hablando y no nos dimos cuenta.

SIMÓN: Bueno, ahora no quiero que me metan prisa, ¿okey?

ALICIA: No lo haré.

SIMÓN: No lo digo por ti, querida. *(Señalando a Ana.)* Lo digo por ella.

ANA: *(Molesta.)* Que conste que no soy yo la que ha empezado esta vez.

ALICIA: Ana...

ANA: Ha sido él.

ALICIA: Ana...

ANA: Pero si lo acabas de oír.

SIMÓN: ¿Qué es lo que he dicho para que se ponga así?

ANA: No es lo que dices sino cómo lo dices. Lo que insinúas.

SIMÓN: ¿Y qué se supone que insinúo? ¿Que no me tienes paciencia? ¡Ja! ¡Será una novedad!

ALICIA: Simón...

ANA: (*Poniéndose de pie.*) Puede que te tenga muy poca paciencia, pero la mayoría de las veces, cuando sales a la calle, soy yo la que anda contigo para arriba y para abajo.

SIMÓN: Tampoco para mí es muy agradable, ¿sabes?

Alicia da un fuerte golpe sobre la mesa.

ALICIA: ¡Basta ya! Si cuando están uno frente al otro les encanta comportarse como niños, entonces los trataré como a niños. (*A Simón.*) ¡Siéntate aquí y empieza a marrar las hallacas! (*A Ana.*) ¡Y tú vuelve a tu trabajo, que como no nos demos prisa, cae la noche y todavía no habremos terminado!

*Simón y Ana obedecen como corderitos.
Cada cual trabaja en lo suyo.
Largo silencio.*

ANA: Mamá, se me han acabado las hojas.

ALICIA: Aquí tienes más.

*Alicia le alcanza a Ana un fajo de hojas de plátano.
Breve silencio.*

ANA: ¿Me pasas las alcaparras, por favor?

*Alicia lo hace.
Breve silencio.*

ALICIA: (*A Simón.*) Ten más cuidado para que no las desformes, ¿okey?

SIMÓN: Apenas estoy comenzando, mujer. Deja que caliente un poco...

*Comienzan a descender las luces.
Cada uno continúa en lo suyo hasta que las luces se extingan por completo.*

3 / La cena de navidad

*Alicia, Ana, Norah y Simón están sentados a la mesa.
La cena está servida.*

*Javier también ocupa un lugar entre los comensales,
sólo que está de pie, batallando con una botella de champán.
El resto lo observa y bromea con él. Por fin consigue
descorcharla y entre bulla, bromas y risas de todos,
comienza a servírsela en las copas al grupo de comensales.*

ALICIA: No mucho, hijo. ¡Así! Así está bien.

Javier le llena la copa a Simón y a Ana.

ANA: Gracias, hermanito.

*Javier le sirve champán a Norah, sólo un poco,
luego se llena su propia copa.*

JAVIER: Bueno, papá, es tu turno.

Javier se sienta y Simón se pone de pie.

SIMÓN: Antes que nada, quisiera volver a darte las gracias, hijo, por venir, por estar aquí en esta fecha especial y hacernos tan felices a tu madre y a mí... ¡Bienvenido otra vez a los que han sido y serán siempre tu país, tu hogar y tu familia! *(Levanta su copa, el resto lo imita.)* ¡Brindo por eso y por la salud y el bienestar de todos los que nos hallamos sentados a esta mesa, porque nos mantengamos unidos por mucho, mucho tiempo! ¡Salud y feliz navidad!

El resto de los comensales gritan "Salud", "Feliz navidad" y chocan las copas entre sí.

SIMÓN: *(A Alicia.)* Y tú, mi vida, ¿quieres decir algo?

ALICIA: *(A Javier.)* Sólo que me siento muy emocionada de tener a mi hijo de nuevo en casa. Que otra vez la familia se encuentre toda reunida alrededor de la mesa en esta noche maravillosa... *(A Norah.)* Y por supuesto que...

JAVIER: ¡Norah!

ALICIA: ¡Norah!... Sí, Norah... También estoy... contenta de que ella esté aquí... con nosotros.
¡Bienvenidos! ¿Puedes traducírselo, hijo?

JAVIER: Desde luego, mamá.

Javier se vuelve hacia Norah, que está sentada a su derecha, y le traduce en inglés lo que acaba de decir sus padres. Pero por supuesto, todos le escucharemos hablar en perfecto español.

JAVIER: Papá y mamá han hecho un brindis por nosotros dos para darnos la bienvenida. Ambos dicen que se sienten muy contentos de tenernos hoy aquí, en su casa, compartiendo su mesa.

NORAH: Muchas gracias.

SIMÓN: (*Bromeando.*) ¡Decreto finalizado el brindis! Ahora los invito a que le hinquen el diente a todo lo que hay sobre la mesa, que luce espectacular, y pongan en movimiento esas mandíbulas... ¡Buen provecho para todos!

Todos los personajes se inclinan sobre sus platos y comienzan a comer. Hay intercambio de fuentes, de bromas, de elogios por la comida para Alicia, etcétera, etcétera.

JAVIER: ¡Mmmh! Las hallacas, como siempre, mamá, ¡deliciosas!

SIMÓN: ¿Y dónde dejas la ensalada de gallina?

ANA: (*A Javier.*) Espera a probar los bollitos.

ALICIA: Bueno, hijo, ya sabes que el secreto...

ANA Y

JAVIER: "...Está en hacer las cosas con amor y en familia".

*Ríen. Comen.
Breve silencio.*

ANA: (*A Javier.*) Por cierto, hermanito, no nos has contado aún cómo se conocieron tú y Norah.

JAVIER: Es una historia de lo más aburrida. Sin ningún tipo de ángel, créeme...

ANA: ¡Ay! Pero ¡qué poco romántico! ¡Hombre tenías que ser! ¡Vamos, cuéntala!

JAVIER: (*Resignado.*) Está bien. (*Breve pausa.*) Norah solía ir a almorzar a menudo a uno de los últimos restaurantes donde trabajaba...

SIMÓN: (*Con sarcasmo.*) Es imposible imaginar que se hubieran conocido en otro sitio. Se nota a leguas que a ella le gusta pasar tiempo en esos lugares...

ALICIA: ¡Simón!

NORAH: (*A Javier.*) ¿Qué dicen? ¡Tradúcame!

JAVIER: Me han pedido que les cuente cómo nos conocimos. Y eso intento hacer.

Norah se sonroja, sonríe y se hunde un poco más en su silla.

JAVIER: Norah solía sentarse siempre a la misma mesa. Mesa que por supuesto estaba ubicada en la zona que a mí me correspondía atender.

*Javier se calla, como si esperase otro comentario sarcástico de Simón.
Breve silencio.*

ANA: Ajá, ¿y...?

JAVIER: Durante algo más de dos meses, sólo se sentaba a la mesa, ordenaba, comía y luego pedía la cuenta. Tras entregársela, pagaba y se marchaba. En todo este tiempo apenas habló conmigo lo estrictamente necesario. (*Breve pausa.*) Pero poco después empezó a pedirme sugerencias del menú... Tuvieron que pasar otros dos meses para nuestra primera cita. En esa primera cita me confesó que iba a ese restaurante únicamente para verme a mí, porque la comida le parecía un asco.

*Ríe y con ternura coge la mano de Norah.
Ambos se muestran muy cariñosos uno con el otro.
Breve silencio.*

JAVIER: Cuando Norah supo que yo era licenciado en economía, entonces me dijo que qué hacía sirviendo mesas en aquel lugar. Yo le dije que no me había sido fácil encontrar trabajo en mi área y allí mismo me ofreció trabajar en la empresa de su familia.

SIMÓN: (*Con cierta suspicacia.*) Entonces, ¿trabajas para su familia?

JAVIER: Sí, llevo tres meses con ellos. Y hasta ahora creo que todos están muy contentos con mi trabajo.

ALICIA: Como debe ser.

ANA: ¿Y a qué se dedica la empresa de la familia de Norah?

JAVIER: A bienes raíces. Es una inmobiliaria. Pese a que su sede principal está en Seattle, tenemos oficinas en varios estados de la Unión. En Florida, por ejemplo, nos encontramos entre las quince primeras. Ahora mismo hay un boom en el estado. Se están vendiendo casas como churros.

ANA: ¡Guao! Entonces debe irte muy bien.

JAVIER: La verdad es que me va fenomenal. Mejor de lo que me esperaba en un principio. Me gusta mucho lo que estoy haciendo.

SIMÓN: (*De nuevo con sorna.*) Supongo que allí donde vives, como en el resto de los Estados Unidos y el mundo capitalista, puede apreciarse muy bien lo que decía Edward Bernays: "En tiempos del viejo arte de vender, el fabricante le decía al posible comprador: 'Por favor, cómpreme el piano'. El nuevo arte invirtió el proceso y logró que el posible comprador le dijese al fabricante: 'Por favor, véndame un piano'". El capitalismo siempre se las ha ingeniado para corromper todo cuanto toca.

NORAH: (*A Javier.*) ¿Qué dijo tú papá?

JAVIER: Que le ha parecido muy original la forma en que nos conocimos.

Norah vuelve a sonreír tímidamente.

SIMÓN: A propósito: ¿qué dicen en el imperio de todo cuanto está sucediendo acá? En los sectores progresistas, quiero decir, porque lo que piensa el resto me tiene sin cuidado.

Breve silencio.

SIMÓN: ¿Y?

JAVIER: Hasta el momento hay opiniones divididas. De un lado están los que piensan que aquí se construye un modelo diferente que pudiera ser una alternativa para el mundo unipolar que estamos viviendo desde la caída del bloque soviético, y del otro están los que opinan que no es más que otro de los movimiento populista que, de tanto en tanto, suelen darse en la región y que a su salida dejará el país en peores condiciones de las que lo encontró al llegar al poder.

SIMÓN: ¡Intelectuales de mall e hipermercados!

JAVIER: En lo que sí coinciden ambos bandos es en la suspicacia que les genera el hecho que en el gobierno hayan tantos cargos públicos cubiertos por militares.

SIMÓN: ¡Y dale con lo de los militares! No todos los militares son como los sátrapas de Pinochet y Videla, coño.

ANA: Claro. También están los Trujillo, los Noriega, los Perón, los Velasco Alvarado...

Simón mira a Ana con mala cara pero no cae en su juego.

NORAH: (A Javier.) ¿De qué hablan? ¡Tradúcame!

JAVIER: Hablamos de recuerdos familiares, cariño. Luego te cuento, ¿okey? (A Simón.) Yo creo que esas suspicacias no están mal fundadas, papá. Por lo menos para mí son totalmente válidas. Al fin y al cabo, durante años, los militares le han hecho un gran daño a la región.

ANA: Sin ir más lejos, hasta no hace muchos años, tú mismo hablabas mal de los militares. Te referías a

ellos como parásitos, perritos falderos, atajo de ineptos y corruptos con licencia para matar, jalabolas, lameculos...

SIMÓN: Bueno, bueno. Reconozco que me equivoqué, ¿okey? No debí de meterlos a todos en el mismo saco. Porque ahora sé que no todos los militares de este país están cortados por la misma medida. Aunque parece que ustedes todavía no se han dado cuenta. También en los cuarteles hay gente valiosa, sensible, pensante, que quiere a este país. ¡Verdaderos patriotas! Y esta gente que nos gobierna en la actualidad...

ANA: (*Interrumpiendo a Simón.*) Mira, papá, aunque se esfuercen por hablar diferente, para mí llevan encima el mismo uniforme verde-olivo.

SIMÓN: No deberías decir eso.

ANA: Tal vez me digne a creer un poco en su supuesto discurso progresista, cuando den muestras de que en verdad se preocupan por los más pobres y desde luego por el medio ambiente. Cuando promuevan, por ejemplo, el reciclaje y las energías limpias.

SIMÓN: ¡Y lo harán! ¡Lo harán! Y entonces tú tendrás que dejar a un lado esa actitud escéptica de ahora y creer en ellos como lo hacemos tu madre y yo.

ANA: Si eso pasa, que lo dudo, tampoco es que les voy a firmar un cheque en blanco.

SIMÓN: (*En lo suyo.*) Además, ya están trabajando por los más pobres. ¡Ahí tienes los mercados populares de alimentos y las Misiones! Incluso tengo entendido que hay un plan para sanear el Güaire.

ANA: (*Irónica.*) ¡Uy! Eso sí habrá que verlo.

SIMÓN: ¡Y lo verás! ¡Lo verás! Sólo tienes que darle un poco más de tiempo... ¡Roma no se construyó en un día! El Presidente y su gente apenas están comenzando. Y en estos cinco primeros años les ha tocado durísimo, coño: un golpe de Estado, un paro general y otro petrolero, liderados ambos por los cabrones oligarcas y burgueses apátridas que no se resignan a perder sus privilegios. Y hasta se sometió a un referendo revocatorio del que salió

legitimizado. ¿Qué otro Presidente en nuestra historia ha pasado por todo eso, ah?

ANA: El temor que tenemos algunos es que, con el paso del tiempo, el Presidente y sus colaboradores más cercanos se conviertan en otro gobierno de esos que se autoproclaman progresistas, que dicen amar al pueblo en abstracto, pero que en la práctica desprecian al ciudadano común, a ese de carne y hueso como tú y como yo.

NORAH: (A Javier, discreta.) ¿Qué dicen? ¿De qué hablan? ¡Tradúcame!

*Javier no le hace caso.
Alicia, que se ha mantenido al margen, pues por lo visto no se siente del todo bien, interviene para evitar que la conversación entre Simón y sus hijos se escape de lo "políticamente correcto".*

ALICIA: (A Javier, enredándosele un poco la lengua mientras habla.) ¿Sabes, Javi? Hice dulce de lechosa para servirlo después de la cena.

JAVIER: ¡Qué rico! Gracias, mamá.

ALICIA: Espero que le guste a... a...

ANA: Norah, mamá. Su nombre es Norah.

ALICIA: (Intranquila; intentando memorizar el nombre de Norah.) ¡Sí, sí! Norah, Norah, Norah.

ANA: (A Javier, refiriéndose a Alicia.) Pobrecita. Es la emoción de tenerte otra vez en casa, hermanito, la que la ha puesto así.

SIMÓN: A ver, hijo: ¿cuál es esa sorpresa que nos tienes? Dijiste que nos las darías esta noche, ¿recuerdas?

ALICIA: (Se esfuerza pero se le sigue enredando la lengua al hablar.) ¡Ah, sí! Simón apenas... ha podido... dormir... desde que te escuchó decir... que nos tenías... una sorpresa para este... día.

ANA: (En broma.) ¡No! Me corrijo a mí misma: Eso ya no es la emoción, mamá, sino el champán que se te ha subido a la cabeza.

*Javier sonríe y coge de nuevo la mano de Norah, como hace un rato.
Breve silencio.*

JAVIER: En realidad son dos sorpresas. La primera es que desde que nos vimos, Norah y yo supimos que estábamos predestinados uno al otro...

*Javier le da un beso en los labios y le dice algo al oído a Norah.
Alicia ya no presta atención a lo que dice Javier ni a nada de lo que sucede sobre la mesa.*

ANA: (Con cierta ironía.) ¡Ay, qué tierno!

JAVIER: Y como está a la vista que ya no somos ningunos jovencitos, hemos decidido casarnos lo más pronto posible. Si todo sale como esperamos, la boda podría realizarse durante el primer trimestre del año que viene.

Silencio.

SIMÓN: ¿No te parece algo precipitado, hijo?

JAVIER: Papá, como dije, ya no somos ningunos jovencitos. A esta altura ambos sabemos muy bien lo que queremos. Además, y esta es la segunda sorpresa, Norah tiene seis semanas de embarazo.

Silencio.

ANA: ¡Bueno, mamá! No te puedes quejar. Pronto vas a tener ese nietecito que tanto deseabas.

*Alicia se desploma de manera súbita.
Ana, que está a su lado, es la primera en tratar de reanimarla, luego Simón y por último Javier, que tiene que levantarse y desplazarse hasta donde está Alicia.
Norah se queda clavada en su silla sin saber qué hacer.*

ANA: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡¿Qué te pasa?!

SIMÓN: ¡Alicia, mi vida!

ANA: ¡Mamá! ¡Reacciona, por favor!

Los esfuerzos de Ana y Simón por tratar de reanimar a Alicia son inútiles.

ANA: Javier: ¿podrías ir al baño y traerme la botella de alcohol? Está en el botiquín de primeros auxilios detrás de la puerta.

JAVIER: ¡Okey!

Javier sale.

ANA: ¡Mamá! ¡Mamá!

SIMÓN: ¿Le caería mal la bebida?

ANA: No lo sé.

SIMÓN: ¡Alicia, despierta!

Entra Javier.

JAVIER: ¡Aquí está!

ANA: ¡Ábrela!

Javier abre la botella de alcohol y se la entrega a Ana.

Ana le hace oler a Alicia directamente de la botella, pero aún así, no hay reacción de su parte.

ANA: No reacciona. Creo que será mejor llamar a una ambulancia.

JAVIER: ¿Tienes los números de emergencia?

ANA: Están en la puerta de la nevera, sujetos con un imán.

JAVIER: Okey. Yo me encargo de llamar.

Javier sale otra vez.

Las luces comienzan a descender con lentitud.

ANA: ¡Mamá! ¡Mamá!

SIMÓN: ¡Mi vida, reacciona!

ANA: ¡Mamá, por favor! ¡Por lo que más quieras!
¡Despierta!

4 / La coartada de Ana

Ana ante el público y los reflectores.

ANA: Cuando cumplí nueve años, le pregunté a papá por qué quería más a mi hermano que a mí. Él, como era de esperarse, lo negó. "¿Qué dices, mi princesita?", dijo, "los quiero a los dos por igual. Cada uno son la mitad exacta de mi existencia". Pero yo sabía que no era cierto. Años después, a los quince, volví a preguntárselo: "Papá, ¿por qué Javier es tu favorito?". Y él volvió a mentirme: "Hija", dijo, "no tengo favoritos. Está mal que un padre o una madre prefieran a uno de sus hijos sobre los otros. En la familia, como en las sociedades, todos debemos ser tratados por igual. Yo haría cualquier cosa que tú o Javier me pidieran. Cualquier cosa. Ustedes son todo lo que tengo". Para entonces, él había tenido ya varias aventuras con amantes, y había hecho llorar a mamá montones de veces... (*Pausa. Enciende un cigarrillo.*) No me explico cómo ella pudo soportar aquella situación por tanto tiempo... ¡Precisamente ella! Una defensora a ultranza de la dignidad de los pueblos que no se tenía un poquito de dignidad como mujer y persona y mantenía a su lado a un marido que le era infiel. (*Pausa.*) O quizá esté siendo bastante dura, quizá la esté juzgando mal. Porque tal vez, en el fondo, ella soportó todo aquello por nosotros, ¿saben?, por Javier y por mí, porque mamá nos ha querido como nadie podrá jamás querernos en la vida. Porque sabía que si trataba de separarse de papá, él nos haría la vida imposible a los tres. (*Pausa.*) Escucharla llorar en los rincones, a escondidas de todos, me producían una impotencia y una tristeza terribles... En esos años me fui llenando de rabia... (*Pausa.*) Una tarde en que la sentí sollozar sola en su cuarto, no soporté más y entré sin tocar. Le pregunté que qué le pasaba, pero ella me dijo, "Nada, hija. A veces suelo llorar por tonterías...". Pero yo sabía que lloraba por culpa de él, de papá, por culpa de sus infidelidades... (*Pausa.*) Recién cumplidos los dieciocho me llené de valor y me enfrenté a él, a papá. "Quiero hablar contigo", le dije. Entonces le recordé que, tres años atrás, cuando cumplí los quince, me juró que haría cualquier cosa que Javier o yo le pidiéramos. Ahí mismo, sin anestesia, le pedí que dejara de frecuentar a su

amante de turno. Y si no podía hacerlo, si pensaba seguir engañando a mamá de la forma en que lo había hecho hasta ese momento, era mejor que se largara de casa y que nos dejara vivir en paz... A mamá, a mí y a Javier... Apenas terminé la frase, me cruzó la cara de una cachetada. Me dijo que no tenía derecho de hablarle así, que yo no sabía nada de nada y que los hijos deben respetar a sus padres. Que antes de que él abandonara aquella casa, sería yo la que pondría mi culo en la calle porque allí las cuentas las pagaba él. Yo no dije nada. Sólo lo miré con todo el odio que en ese instante conseguí llevar desde mi corazón a las pupilas de mis ojos, mientras me sobaba el lado de la cara en el que me había pegado. Al principio, él me sostuvo la mirada, pero de pronto, pareció recular... Vaciló un poco, miró al piso o a un lado, pero siguió allí de pie frente a mí, como si aguardara a que yo me retirara de la sala... Yo no me moví ni un milímetro y fue él el que al cabo de un rato se marchó. (Pausa.) No me dirigió la palabra en días. Cuando quería decirme algo, o que me enterara de algo, buscaba a mamá o a mi hermano para usarlos de intermediarios. Hasta que mamá se cansó de aquella situación e intervino para que ambos hiciéramos las pases. Ella nunca me preguntó la razón de mi resentimiento contra mi padre. Yo tampoco le conté sobre aquel episodio que él y yo habíamos tenido en la sala. (Pausa.) Lo más triste no es que algunos hombres creen que aún viven en la edad de las cavernas y que puedan tratar y hacer con sus mujeres e hijas los que les venga en gana. Lo realmente terrible es que, por la causa que sea, sus mujeres e hijas se los permitan.

5 / Cuando pase el temblor

*Entran Norah y Javier cogidos del brazo.
Detrás de ellos, algo más retrasada, entra Ana.*

ANA: ¡Javier!

Javier, sin soltar a Norah, se vuelve hacia Ana.

JAVIER: ¿Si?

ANA: Me gustaría hablar contigo un momento.

JAVIER: Claro. Dime.

Ana mira a Norah.

ANA: Prefiero que sea a solas.

JAVIER: Pero si Norah no...

ANA: Por favor.

JAVIER: *(Tras una pausa.)* Está bien. ¿Puedo llevarla a tu habitación y pedirle que me espere allí mientras hablamos?

ANA: Por supuesto.

JAVIER: ¡Ven, Norah! Vamos dentro.

NORAH: ¿Qué pasa, cariño?

*Javier y Norah salen.
Ana comienza a buscar algo en las gavetas del
seibó. Por fin lo encuentra. Es una cajetilla de
cigarros. Extrae uno, lo enciende con un yesquero
de plástico que también ha encontrado en el
interior de la gaveta y comienza a fumar.
Entra Javier.*

JAVIER: ¿No lo habías dejado?

*Ana se descubre sorprendida. Mira a Javier, luego a
su cigarrillo.*

*De pronto no sabe qué hacer. Por fin le da una última calada al cigarro, lo tira al suelo y lo aplasta con la punta del zapato.
Breve silencio.*

ANA: ¿Cuánto crees que dure así?

JAVIER: ¿Perdón?

ANA: Mamá. ¿Cuánto crees que dure en el estado en que se encuentra ahora?

JAVIER: No lo sé. La verdad no tengo la menor idea. Tú estabas allí cuando el médico habló con nosotros. Por lo que he entendido podría estar así días, semanas, tal vez meses... O el resto de su vida.

ANA: ¡No es justo!

JAVIER: ¿Y quién dijo que la vida lo era?

ANA: Siempre creí que papá sería el primero en...

Javier hace un gesto y la mira de manera reprobatoria.

ANA: (*Intentando defenderse.*) No me mires así. No me mal interpretes, por favor. Lo digo por su edad. Además, ella siempre fue más saludable que él y las estadísticas...

JAVIER: ¿Las estadísticas?

ANA: Ya sabes: que ustedes los hombres suelen vivir menos que nosotras las mujeres.

JAVIER: Ah. Pero no me has pedido que nos quedemos a solas para hablarme sobre las expectativas de vida entre hombres y mujeres. ¿Qué pasa?

ANA: Tengo un mal presentimiento.

JAVIER: Mira, sé que no es fácil, pero lo único que podemos hacer en este momento, por mamá y por nosotros mismos, es pensar de manera positiva. Debemos pensar que ella saldrá bien librada de todo esto y que...

ANA: ¡No puedo! Y si lo intentara, no haría más que engañarme a mí misma.

JAVIER: Ana...

ANA: Desde que ese... ¡médico!, habló con nosotros, no hago más que tener presentimientos horribles... Que ella... Que mamá... ¡No quiero que mamá se muera!

Javier se acerca a Ana y la abraza.

JAVIER: Ni yo.

ANA: (*Apartándose de Javier.*) Pero ambos sabemos que está mal y que tal vez no salga de ésta, que jamás se recupere.

JAVIER: Te repito...

ANA: ¡Esa es la realidad! El médico fue claro. Quizá demasiado claro para mi gusto. Pero, ¿sabes? En el fondo se lo agradezco. Así no me hago falsas ilusiones. Porque creo que en mi vida he tenido suficiente falsas ilusiones... ¡Estoy harta de falsas ilusiones! (*Breve pausa.*) En fin. Es mejor aceptar, como dijo el médico, que las probabilidades de que mamá supere su ACV...

JAVIER: Son casi nulas...

ANA: ...Y en caso de que recobrará el conocimiento...

JAVIER: ...No podría valerse por sí misma.

ANA: ¿Te imaginas? No volvería a ser la persona activa e independiente que conocemos.

Silencio.

JAVIER: No sé porque siento que no es exactamente de esto de lo que querías hablar conmigo cuando... ¿O me equivoco? ¿De qué quieres hablar en realidad?

Breve pausa.

ANA: Hace tiempo, mamá y yo tuvimos una larga conversación.

JAVIER: Ajá.

ANA: Creo que fue después de la muerte de uno de sus primos, tras una larga agonía. Ya tú te habías ido. El primo Julio, ¿lo recuerdas?

JAVIER: Claro, lo recuerdo.

ANA: Me dijo que si ella algún día, por las razones que fueran, se viera postrada en una cama como él...

JAVIER: ¿Ya se sentía mal?

ANA: No, no. Nada de eso. Ya sabes como era...
(*Corrigiéndose.*) Como es ella... Siempre adelantándose a los acontecimientos.

JAVIER: ¿Entonces?

ANA: Me dijo que si caía en cama y no podía valerse por sí misma, entonces no le interesaba vivir. No quería ser una carga para nadie y menos para nosotros. Que llegado ese momento, por favor tuviéramos muy en cuenta sus deseos.

JAVIER: ¿Cuánto hace de esa conversación?

ANA: No lo recuerdo con exactitud. Tal vez dos o tres años.

JAVIER: ¿Lo sabe papá?

ANA: (*Irascible.*) ¿Qué sé yo! (*De improviso cambia de actitud.*) Bueno, realmente creo que ella nunca lo habló con él... A papá no le va hablar de la muerte y tú lo sabes.

Silencio.

ANA: ¿En qué piensas?

JAVIER: En lo que acabas de contarme.

ANA: ¿Qué opinas?

JAVIER: Que esa es una decisión que mamá no ha debido dejar nunca en nuestras manos.

ANA: ¿Pero qué decidirías tú si...?

JAVIER: Por ahora preferiría no pensar en eso, Ana. Esperemos a ver cómo evoluciona mamá en los próximos días..., pero con quien sí pienso que deberíamos hablar de esto es con papá.

ANA: ¿Crees que sea conveniente decírselo?

JAVIER: Es nuestro padre y el marido de mamá.

ANA: Pero si ella no habló con él al respecto, debió de ser por algo, ¿no?

JAVIER: Ana, hace apenas un rato me has dicho que no sabías si ella había hablado con él sobre este asunto.

ANA: Te he dicho que *creía* que ella no había hablado con papá y que a él no le ha gustado nunca conversar sobre el tema de la muerte.

JAVIER: ¿Sabes? Me encantaría conocer el motivo de tu eterno encabronamiento con papá, porque, desde que recuerdo, siempre te la has llevado extremadamente mal con el viejo.

ANA: A propósito: si mamá no consigue superar lo del ACV, yo no pienso encargarme de él.

JAVIER: ¿Qué dices?

ANA: Lo que oíste. No pienso hacerme cargo de papá en caso de que ella muera.

JAVIER: ¿Y qué se supone que haremos con el viejo? ¿Qué sugieres? (*Irónico.*) ¿Acaso que me lo lleve a vivir conmigo a Estados Unidos?

ANA: Pues no estaría mal que lo hicieras.

JAVIER: ¡Estás loca!

ANA: Él y yo apenas nos tragamos, Javier. Nos soportamos a duras penas. Eso lo sabes de sobra. Nuestra vida juntos sería un infierno.

JAVIER: ¡Pero si has vivido toda tu vida con él!

ANA: Porque estaba mamá que hacía de intermediaria entre ambos, pero cuando ella no esté, será

insufrible tanto para él como para mí seguir conviviendo bajo el mismo techo.

JAVIER: Sólo es un viejo que en estos momentos, más que nunca, está necesitando de nosotros.

ANA: Tú lo has dicho: de nosotros. ¡De ambos! ¡De los dos! ¡De ti y de mí! ¿Acaso te vas a venir a vivir de nuevo a esta casa? ¿Van a mudarse tú y Norah con nosotros y a asumir el rol de intermediario que hacía mamá?

Silencio.

ANA: Lo que has querido decir en realidad es que papá no necesita de *nosotros* si no de *mí*. (*Pausa.*) Javier, escúchame bien: no estoy dispuesta a cargar con esta enorme responsabilidad yo sola.

JAVIER: No estarás sola. Te apoyaré a pesar de que físicamente no esté aquí, a tu lado. Mi situación económica ha empezado a mejorar en los últimos días y en pocos meses estoy seguro de que me va a ir aún mejor. Podemos acordar que, quincenalmente, o cuando tú lo digas, cuando lo creas conveniente, te haría llegar una remesa de dinero para cubrir...

ANA: ¡¿Dinero?! ¿Es así como piensas arreglar las cosas? Me encantaría que papá estuviera aquí y escuchara tu propuesta, hermanito. Que escuchara con sus propios oídos lo que su hijo preferido acaba de decir.

JAVIER: No empieces con eso.

ANA: ¡Le partirías el corazón! Al menos yo he sido siempre lo bastante clara con él y no se asombraría con mi actitud. En cambio tú, desde que lo recuerdo, has sido de los que tira la piedra y esconde la mano.

JAVIER: ¿Qué pretendes? Por más que quisiera ahora no podría ocuparme de papá. Él está acá y yo... Ana: por primera vez en mucho tiempo, desde que llegué a los Estados Unidos, me está yendo bien... Por fin siento que el viento está soplando a mi favor, que he topado con el sueño americano... ¿Estoy dejando de ser un don nadie! ¿Entiendes? He

conseguido un buen trabajo en mi área, he conocido a una mujer maravillosa con la que voy a casarme: ¡que está esperando un hijo mío! Ana, estoy comenzando una nueva vida...

ANA: Magnífico. En adelante papá debería vivir contigo y no conmigo. Con todo lo que dices, sin duda él estaría mejor a tu lado.

JAVIER: ¿Conmigo? ¿En los Estados Unidos?

ANA: Sí: contigo y en los Estados Unidos.

JAVIER: ¿No has escuchado nada de lo que te acabo de decir?

ANA: Cada palabra. Y por eso mismo sé que papá estará mejor a tu lado.

JAVIER: ¡Pero si papá odia a los gringos y todo lo que representa su cultura! Parece que no lo conocieras, que nunca hubieras vivido con él. ¿No te fijaste cómo se comportó con Norah durante la cena? Menos mal que ella no entiende ni jota de español, porque sino...

ANA: Ya sé que papá odia a ese país, pero si tú se lo pides...

JAVIER: No puedo creer lo que estoy escuchando.

ANA: Habla con él. A ti te hará caso. Siempre has sido su favorito.

JAVIER: Por favor, para ya. No sigas chantajeándome con eso. Si lo que querías era hacerme sentir peor de lo que me siento, okey, lo has conseguido.

ANA: Te juro que esa no ha sido mi intención. En serio. Papá haría cualquier cosa por ti. Hasta algo tan en contra de sus principios como irse a vivir a los Estados Unidos. Si tú le pides que se vaya contigo, él lo hará. Estoy segura.

JAVIER: Estás loca.

ANA: Papá odia a ese país y lo que representa, cierto, pero también es cierto que no tiene ni un pelo de tonto. Sabe que contigo estará mejor. Tal vez

rechiste un poco al principio, pero al final, créeme, aceptará. Bueno, si en el fondo es eso lo que tú quieres hacer. ¿Es eso lo que quieres hacer, hermanito?

JAVIER: (*Sin hacer caso a la sugerencia de Ana.*) Se me ocurre que podríamos contratar a una criada para que te ayude a lidiar con el viejo. Yo correría con todos los gastos. Con ella aquí, tú no tendrías que interactuar mucho con él, sólo lo estrictamente necesario, como ha sido hasta...

ANA: Ahora eres tú el que no me estás escuchando.

Silencio.

JAVIER: La gran ventaja es que en mi situación actual, aquí podría pagar una criada, incluso una enfermera. Allá, por más que quisiera, no podría.

ANA: No voy a hacerme cargo de papá yo sola, Javier. En eso no hay vuelta atrás. Si tú no asumes esa responsabilidad, tampoco puedes obligarme a que yo lo haga, cuente o no con la ayuda de una criada; pagues tú, pague yo, paguemos ambos o paguen los mismísimos gobiernos de Venezuela o de Estados Unidos a esa puta criada. ¿Entiendes?

Silencio.

JAVIER: Es increíble que tú y yo estemos hablando de estas cosas mientras papá cuida de mamá, que yace sin conocimiento, al borde de la muerte, en una maldita cama de hospital... (*Pausa.*) Ana: ¿qué clase de hijos somos?

ANA: Eres genial, hermanito. No importa cómo vayan las cosas, hasta en las peores circunstancias siempre consigues restregarme en la cara tu superioridad ética y moral.

JAVIER: Lo siento.

ANA: Tal vez no sea el mejor momento para discutir estas cosas, pero por lo que dijo el médico, deberíamos estar preparados para lo peor. Así que si no es ahora, dime tú cuándo.

Silencio.

ANA: Aunque pudiera haber otra alternativa para papá.

JAVIER: ¿Otra alternativa?

ANA: Sí.

JAVIER: ¿Cuál?

ANA: Como está claro que ninguno de los dos quiere hacerse cargo de él si mamá... si mamá no llegara a recuperarse de su ACV, entonces lo que nos quedaría es recluirlo en uno de esos centros de cuidado para personas mayores que...

JAVIER: ¿Recluir a papá en un geriátrico?

ANA: ¿Qué otra solución propones?

JAVIER: Ana, sinceramente, tu solución me parece...

ANA: Seamos honestos: ninguno de los dos queremos ocuparnos directamente de papá, ¿verdad? Entonces lo que te acabo de decir es la única alternativa viable que nos queda. En uno de estos sitios cuidarían bien de él, estarían pendiente de su salud, podría compartir con otras personas de su edad, con sus mismos intereses, puede que hasta haga nuevos amigos...

JAVIER: Parece que lo tenías todo muy bien planeado, ¿no?

ANA: Sólo estoy siendo pragmática, hermanito. Incluso podríamos pagarlo entre los dos. Bueno, evidentemente por tu situación actual, tú podrías aportar un poco más.

Javier reflexiona.

Breve silencio.

JAVIER: Y supongo que entre tus planes también está que sea yo quien se lo comunique, que sea yo quien le exponga todo este asunto al viejo, ¿no es cierto?

ANA: Supones bien.

JAVIER: Okey. Yo hablaré con él, pero cuando lo haga, tú estarás a mi lado.

ANA: De acuerdo.

JAVIER: Y en todo momento de nuestra conversación le dejaré claro que la idea del geriátrico ha sido cosa tuya, no mía.

ANA: De eso no tenía duda, hermanito.

Breve silencio.

JAVIER: Ah, algo más: de todo esto hablaremos con él sólo si mamá...

ANA: Por supuesto. No te preocupes. (*Pausa.*) ¿Y sobre el otro asunto?

JAVIER: ¿Ah?

ANA: Lo que conversé con mamá hace años... Si ella...

JAVIER: ¿Si mamá no despierta?

ANA: Ujum.

JAVIER: Con esto otro creo que lo mejor será esperar a ver cómo evoluciona. En este caso, adelantarse a los acontecimientos no me parece lo más conveniente. Sería añadirle más complicaciones a nuestra situación actual.

ANA: Estoy de acuerdo.

Silencio.

JAVIER: ¿Hay algo más que quieras decirme?

ANA: Eso era todo.

JAVIER: Perdona, pero si hemos terminado, me gustaría volver con Norah.

ANA: Está bien.

Antes de salir, Javier mira fijamente a Ana. Ella, con disimulo, le esquivo la mirada.

6 / La coartada de Alicia

Alicia ante el público y los reflectores.

ALICIA: ¿Alguna vez han despertado con una tristeza que les oprime el pecho y apenas les deja fuerzas para respirar? Como si mientras durmiéramos, alguien hubiera puesto una enorme piedra sobre nuestro pecho y de pronto volviéramos a la vigilia con aquel peso descomunal encima. (Pausa.) Así suelo despertarme a veces. (Pausa.) Al principio pensé que se debía a que yo era una de esas personas que requiere mucha atención de la gente que la rodea, porque en casa éramos demasiados: papá, mamá y trece hijos: siete hembras y seis varones. Yo estaba entre las últimas. Así que podrán imaginarse que era difícil que papá, mamá o cualquiera de mis hermanas o hermanos mayores detuvieran sus miradas en mí más del tiempo estrictamente necesario. Cuando llegué a la adolescencia pensé que salir de casa sería lo mejor que me podía pasar. Tal vez en otra parte, en otro lugar y con otra gente, lejos de casa, lograría dejar de sentirme como me sentía... Dejar de sentir aquella tristeza que me obligaba a esconderme para llorar a mis anchas... Les juro que por entonces no deseaba nada más en el mundo. De manera que, cuando una tarde, al poco de conocernos, Simón me propuso matrimonio, no me lo pensé dos veces y dije que sí. Yo acababa de cumplir los dieciocho y vi en él, o más bien en su propuesta, la mejor oportunidad para no seguir viviendo bajo el mismo techo en el que había vivido toda mi vida. El día que Simón fue a hablar con mis padres, para decirles que quería casarse conmigo, no me sorprendió que ellos estuvieran de acuerdo, que no pusieran ningún tipo de impedimento, porque en el fondo sabía que querían deshacerse de mí... ¡Es que éramos tantos! Y una boca menos a la que alimentar, cuando se cuenta con tan pocos recursos, siempre se agradece. (Pausa.) Pero con el tiempo comprobé que me había equivocado: mi convivencia con Simón no me alejó de mi tristeza. Continuaba sintiéndome fatal y llorando cuando nadie me veía... Más adelante pensé que si tuviéramos un hijo... Tal vez un hijo sí cambiaría las cosas... Llenaría ese profundo

vacío que desde hacía tiempo tenía instalado en el corazón. Porque veía a otras mujeres tan felices con sus hijos... Entonces a los pocos meses quedé embarazada de Javier. Pero la tristeza no sólo continuó aquí adentro, sino que se agravó durante el embarazo y los primeros meses después del parto... (Pausa.) Lo del embarazo de Ana fue distinto: una equivocación. Esa vez hasta pensé en abortar... Aunque, por supuesto, no lo hice. Después evité por todos los medios tener más hijos. Me aterraba tan solo pensar que en cualquier momento podría quedarme otra vez preñada y... Fue entonces que empecé a inventar cualquier excusa cuando Simón me buscaba en la intimidad. Un día era a causa de un fuerte dolor de vientre, otro era una insoportable jaqueca y otro la menstruación o una infección vaginal. Tengo que reconocer que al comienzo él fue sumamente paciente conmigo. Pero como era natural, porque es hombre, buscó fuera lo que ya yo no le daba en casa y fue así como empezó a frecuentar a otras mujeres, a tener una aventura tras otra. Yo estaba al tanto de lo que hacía, conocía el riesgo, pero preferí asumirlo mientras lo mantuviera alejado de mi cama y, con él, la posibilidad de quedarme otra vez embarazada. En aquella época no había pastillas ni aparatos anticonceptivos como los que usan las mujeres de hoy. (Pausa.) En cierta ocasión llegué a sentirme tan mal que cogí a mis dos pequeños y salí a la calle. En mi cabeza me martillaba la idea de lanzarme con ellos bajo las ruedas de un camión... Ustedes dirán que estaba loca, pero era la tristeza que me empujaba a hacer aquello. Yo sólo quería descansar, parar de sentirme como me sentía. De pronto, no sé cómo, me vi en medio de un grupo de gente que marchaba pidiendo libertad. La mayoría eran jóvenes como yo. Hablaban de la dignidad de los pueblos y que obreros, estudiantes y amas de casa debíamos luchar juntos por construir un país, un mundo mejor, con igualdad de oportunidades para todos. Que lo hiciéramos por nosotros y por nuestros hijos. ¡Aquello me pareció tan hermoso! Por primera vez en mi vida sentí que la tristeza se alejaba y experimenté un profundo alivio. Aquella gente estaba llena de vida y me transmitía tranquilidad y esperanza. Miré a mis hijos y lloré porque enseguida me arrepentí de lo que pensaba hacer unos minutos atrás. Los abracé y les decía,

mientras los besaba una y otra vez, que los quería, que eran maravillosos y que pasara lo que pasara viviría para protegerlos. No permitiría que nada ni nadie les hicieran daño. (Pausa.) Mi tristeza no remitió por completo, pero sus apariciones se hicieron más espaciadas. Y cada vez que volvía, aunque me hiciera ocultarme de todos para llorar, yo sabía que afuera había gente que me necesitaba. Mis hijos los primeros, pero también otro sinnúmero de gente por los que yo debía sobreponerme porque vivían en peores condiciones que las mías. ¡Yo era una privilegiada delante de ellos! Entonces debía hablar por esas personas y luchar porque se respetara sus derechos, su dignidad. Luchar por una sociedad más justa, con igualdad de oportunidades para todos. Por una sociedad menos egoísta e individualista, menos egocéntrica y consumista, menos superficial, y, sobre todo, luchar contra aquellos que se oponían a que quienes soñábamos con todo esto, con un mundo diferente, mejor, consiguiéramos algún día hacer realidad nuestro sueño.

7 / La noticia que esperábamos

Simón, Javier y Norah.

Simón está sentado en el sofá del salón. Norah descansa sobre una de las butacas individuales y Javier se encuentra a su lado, de pie, cogiéndola de la mano.

NORAH: (A Javier.) Me voy a la cama, cariño. Estoy agotada.

JAVIER: Okey. Yo iré luego. Voy a quedarme un rato más haciéndole compañía a papá.

NORAH: Hasta mañana.

JAVIER: Hasta mañana. Que descanses.

Sale Norah.

SIMÓN: ¿Qué ha dicho?

JAVIER: Que estaba cansada y que se iba a dormir... (Tras reflexionar un instante.) También que le hubiera gustado mucho quedarse un poco más acompañándote, pero los ojos se le cerraban solos.

SIMÓN: Entonces hizo bien en irse a la cama.

JAVIER: Tú también deberías irte a dormir.

SIMÓN: ¿Y estar tumbado en esa cama sin tu madre a mi lado? Sería un suplicio. Igual no podría dormir. Prefiero quedarme aquí.

JAVIER: Si sigues así te vas a enfermar. Ahora te necesitamos fuerte, papá. No sabemos cuánto más pueda prolongarse esta situación.

SIMÓN: Durará lo que tenga que durar.

JAVIER: La idea de que Ana se quede durante estas noches en el hospital, con mamá, es para que tú descanses. ¿Por qué no lo intentas?

Silencio.

SIMÓN: ¿Cambiaste tu vuelo de regreso?

JAVIER: Norah lo hizo esta mañana.

SIMÓN: ¿Cuánto más te piensas quedar?

JAVIER: Por ahora, una semana más. No sé si pueda quedarme por más tiempo. Ya fue bastante complicado coordinar mi venida para el día de navidad.

SIMÓN: Si tienes que regresar, no te preocupes. Ana y yo nos ocuparemos de todo.

JAVIER: Mientras pueda, estaré aquí con ustedes.

Silencio.

SIMÓN: ¿En verdad crees que allá, en ese país, junto a esa mujer, está la vida que quieres llevar en adelante, hijo?

JAVIER: Sí, papá.

Silencio.

SIMÓN: ¿Realmente estás enamorado de ella?

JAVIER: ¿A qué viene esa pregunta?

SIMÓN: Bueno, no lo tomes a mal, pero te había conocido novias mucho más...

JAVIER: ¿Mucho más qué?

SIMÓN: Tú sabes..., jóvenes, bonitas... ¡Y mucho más delgadas!

JAVIER: Ya no sólo valoro el físico de las mujeres, papá. He madurado.

SIMÓN: Claro.

JAVIER: (*Tras reflexionar.*) Un momento... ¿Acaso insinúas que...? ¿Estás diciéndome que estoy con Norah por su dinero? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

Silencio.

SIMÓN: Siempre pensé que tu estadía en el norte sería transitoria.

JAVIER: También yo lo pensaba al principio, pero ahora no podría vivir en otro lugar.

SIMÓN: ¿Ni siquiera aquí? Este es tu país y ahora te necesita.

JAVIER: ¿Me necesita?

SIMÓN: Acá, por si no te has dado cuenta, estamos atravesando un proceso de cambios profundos. Ahora más que nunca el país necesita de su gente. Sobre todo de la más joven y talentosa; sobre todo de aquellos que han sido criados bajo valores socialistas.

JAVIER: Papá...

SIMÓN: ¿No te das cuenta de que es una gran oportunidad para devolverle al país todo lo que te ha dado, todo lo que él ha hecho por ti?

JAVIER: No te ofendas, pero no estoy de acuerdo contigo.

SIMÓN: ¿Cómo?

JAVIER: Yo veo las cosas de otra manera.

SIMÓN: ¿A qué te refieres?

JAVIER: A que pienso que la nacionalidad es un azar, un accidente... El haber nacido en determinado país no te obliga a que tengas que permanecer en él para siempre. Creo que todos tenemos derecho a buscar, a elegir, independientemente de dónde hayamos nacido, el lugar en que deseamos vivir. El lugar que más nos guste o donde creamos que más nos convenga estar.

Breve pausa.

SIMÓN: No fue eso lo que tu madre y yo te enseñamos.

JAVIER: Es verdad. No fue eso lo que ustedes *exactamente* nos enseñaron a Ana y a mí. Pero gracias a esas enseñanzas, papá, yo he podido construirme, al igual que ustedes lo hicieron en su momento, mi propia visión del mundo. Tengo derecho a tener mi propia visión del mundo, ¿no?

SIMÓN: ¿Sabía que esos gringos te lavarían el cerebro!

JAVIER: Me ofende que pienses eso.

SIMÓN: Eres tú el que me ofende a mí al hablar de la manera en que lo estás haciendo. ¿Este es tu país y lo será hasta tu muerte! Deberías mostrarle un poco más de agradecimiento y respeto.

JAVIER: El hecho de que no viva aquí no significa que no lo quiera. Es como si dijeras que por no vivir en esta casa no te quisiera a ti o a mamá.

SIMÓN: ¿Pero no acabas de decir que la nacionalidad es un simple accidente?

JAVIER: Lo dije y lo mantengo, papá. Porque yo no elegí nacer aquí.

SIMÓN: No importa lo que digas o pienses. Tú a este país le debes todo lo que eres. Que seas un malagradecido y prefieras vivir con los gringos es otra cosa. Son ellos los que ahora se beneficiarán de tus conocimientos, de lo que aprendiste aquí, de lo que el país invirtió en ti durante años.

JAVIER: Te repito: esa es tu visión particular de las cosas. Yo pienso de otra manera.

SIMÓN: ¿Y cuál es tu visión?

JAVIER: Ya te lo dije. Que cualquier persona en el mundo, sin importar su raza, nacionalidad o religión, debería tener derecho a elegir el lugar dónde le gustaría trabajar y vivir.

SIMÓN: Y dime, pensando así, ¿cómo diablos se construye un país, una nación?

JAVIER: Porque se trata de una elección, y como todos somos diferentes y desde luego ni sentimos ni pensamos igual, habrá quien elija salir del país y otros que elijan quedarse. También habría que tener en cuenta a los que, no habiendo nacido aquí, han elegido a este país como destino, como el lugar donde quieren echar raíces.

SIMÓN: Una respuesta muy diplomática. Muy propia de ti, por cierto. ¿Cuándo te atreverás a hablar claro, a tomar partido por algo sin ambigüedades? (Breve pausa.) ¿De qué lado estás ahora?

JAVIER: ¿Que de qué lado estoy?

SIMÓN: ¿Sigues siendo de izquierdas, como tu madre y yo te educamos, o ahora eres de derechas?

JAVIER: La búsqueda de verdades afines y absolutas no deja de ser una de las tantas formas del engaño, papá. Pero no voy a dejar en el aire tu pregunta. Sólo te diré que, en mi caso, he aprendido a elegir de qué lado situarme simplemente observando primero quiénes están en el lado opuesto.

Silencio.

SIMÓN: Tu mamá y yo guardábamos la esperanza de que más temprano que tarde volverías para quedarte.

JAVIER: Viejo...

SIMÓN: ...Teníamos la ilusión que todo esto por lo que estamos pasando te entusiasmara y decidieras, por tu propia cuenta, regresar... ¡Hijo, tenemos la oportunidad de construir el país que soñábamos! Una sociedad más solidaria, de iguales, y donde los que más tienen no discriminen a los...

JAVIER: Lo siento, papá. Todo lo que dices suena estupendo, maravilloso, y me alegra mucho verte tan ilusionado con lo que está ocurriendo en el país, pero ya yo tengo una vida hecha en otro lugar. Elegí vivir otra vida y te juro que estoy satisfecho con ella y me gustaría mucho que tú lo entendieras y respetaras mi decisión de...

SIMÓN: ¡La comodidad te ha domesticado!

JAVIER: ¿Qué dices?

SIMÓN: Eres como esos animalitos silvestres que un buen día renuncian a su libertad por el plato de comida que un desconocido pone a diario en sus jaulas.

JAVIER: ¿Por qué te cuesta tanto aceptar que yo pueda tener una visión del mundo distinta a la tuya?

SIMÓN: ¡Porque no eras así! ¡Nunca fuiste así!

JAVIER: ¿Que no era así? ¿Y es que alguna vez te preocupaste por saber cómo era yo realmente?

SIMÓN: Te conocía bien. No trates de confundirme. Es justo en este momento que te desconozco.

JAVIER: Te equivocas. Tú sólo veías en mí aquello que querías ver. ¿Sabías, por ejemplo, que cuando era niño soñaba con tener un cuarto para mí solo... vivir en un apartamento un poco más grande que este o una casa con patio donde pudiera jugar? En cambio me conformé con compartir el cuarto con Ana y vivir en este apartamento enano; que me asfixiaba... ¿Sabías que a veces vendía la merienda que me había preparado mamá para el colegio con la única finalidad de tener dinero para comprarme las cosas que deseaba, entre ellas mis cómics? No. No puedes saberlo, porque todo eso lo hacía a escondidas, porque tú y mamá siempre nos hablaban de que no nos dejáramos seducir por las cosas materiales, que había cosas más importantes... ¡Pero entonces no había cosa más importante para mí que los cómics, papá! Estaba fascinado por sus portadas, por la historia que contaban... y yo... y yo... y yo sólo quería tenerlos, ¿sabes? Comprarlos y coleccionarlos como mis compañeros de aula... Sentir que me pertenecían, que eran míos... ¡Sólo míos!

SIMÓN: Hijo...

JAVIER: ...Tampoco puedes saber que ya de adolescente fue la música, los discos, los que sustituyeron mi pasión por los cómics... Los compraba pero no podía, no quería traerlos a casa... Prefería llevarlos a casa de Miguel o Gustavo, donde los escuchábamos y luego ellos me hacían el favor de guardarlos y cuidarlos por mí. Todo para que ni tú ni mamá se enterarán de que su hijo era un vulgar consumista de bienes materiales intrascendentes, ¡un vulgar esclavo del mercado!

SIMÓN: Pero, hijo, sólo se trataba de bienes culturales que...

JAVIER: ¿A esa edad cómo se puede distinguir entre un bien cultural y un producto del mercado para el consumo? ¿Fueron los Beatles una revolución cultural o una mera creación del mercado? ¿En el fondo no siguen siendo bienes materiales, papá? ¿Productos de consumo para aliviar falsas necesidades de nuestra sociedad?

SIMÓN: Perdona, no quise...

JAVIER: Mientras permanecí en esta casa siempre sentí que llevaba una doble vida. Trataba de moverme con la mayor cautela entre dos aguas: las enseñanzas que tú y mamá nos inculcaban a diario y lo que en realidad, muy en el fondo, quería, deseaba... Y odiaba mentirles, te lo juro, pero después descubrí que las mentiras eran el activo máspreciado de esta casa, de nuestra familia... Desde que vivo en los Estados Unidos esa dicotomía desapareció, acabó, la enterré para siempre. Allí he vivido como realmente quería vivir... Siento que por fin soy uno. ¡Que soy yo mismo!

De pronto suena el teléfono.

Simón y Javier se sobresaltan. Luego se vuelven a mirar el aparato. En un primer momento ninguno de los dos hace el mínimo gesto de ir a cogerlo. Finalmente es Javier el que camina hasta él y lo descuelga.

JAVIER: ¿Aló? ¿Ana? Sí, dime.

Simón, al escuchar el nombre de Ana, se pone a la expectativa.

Pausa.

JAVIER: *(A Simón, después de colgar.)* Mamá acaba de morir.

8 / La coartada de Javier

Javier ante el público y los reflectores.

JAVIER: ¿A partir de qué momento comenzamos a mirar con otros ojos a nuestros padres? Algunos dirán que justo en la adolescencia. Sí, claro. Pero cuando empezamos a envejecer, o mejor, cuando empezamos a dejar de ser jóvenes, ¿acaso también allí no cambia nuestra manera de mirarlos? (*Pausa.*) Recuerdo que cuando era pequeño solía ver a papá con la estatura de un gigante... Esperen, esperen. No era sólo porque lo mirara desde mi estatura de niño, tan insignificante entonces, sino porque veía en él a un superhéroe, un verdadero superhéroe, como los de la tele o el cine o los de las series de historietas que tanto me gustaba coleccionar. En aquellos días yo podía jurar ante quién fuera que él era invencible, que cualquier cosa que se propusiera a hacer, o a enfrentar, la haría o la enfrentaría sin problemas y que no sólo saldría airoso sino que demostraría sin lugar a dudas que era el mejor, el más grande. Por entonces yo sólo quería ser como él. (*Pausa.*) Pero llegó la adolescencia y con ella, además de todas las cosas que uno acostumbra a descubrir a esa edad, descubrí que papá era un mentiroso... Que engañaba a mamá... Llevaba años engañándola, frecuentando a otras mujeres... y en varias ocasiones me utilizó a mí como pretexto para encubrir o disfrazar sus infidelidades. A partir de aquel día dejó de ser el superhéroe que yo creía que era y que soñaba imitar y su rostro empezó a llenarse de arrugas, de manchas y de defectos ante mis ojos, hasta el punto que no pude soportarlo, que no quería verlo más y sólo deseaba huir de casa. (*Pausa.*) Sin embargo, hace algunos años, cuando estaba a punto de abandonar el país y marcharme a vivir a Estados Unidos, papá y yo tuvimos una larga conversación. Una de esas pláticas de hombres adultos, entre tragos, donde no hay nada que arriesgar ni nada que arrebatarse, cuando la mentira no es necesaria porque nada está en juego. Una charla sin poses, sincera a más no poder... ¡Como no la habíamos tenido nunca! (*Pausa.*) Allí, durante esa larga conversación, supe que él también había sido una víctima, como solemos serlo todos alguna vez en la vida y en la familia.

En este caso, una víctima de mamá. Y, aunque no me lo crean, al final de esa conversación comprendí su comportamiento en aquellos años de mi infancia. No lo justifiqué, eso que quede claro, sólo lo comprendí... Y hasta le perdoné el hecho de que me hubiera utilizado en sus aventuras e infidelidades hacia mamá... (Pausa.) Ese mismo día, el de nuestra larga conversación, de repente otra vez se transformó ante mis ojos... Ya no era superhéroe ni villano, sino un hombre normal y corriente, un anciano al que la vida había vapuleado a más no poder. Lo vi frágil, empequeñecido, vulnerable, un ser con una enorme necesidad de protección, de que alguien lo quisiera, de que yo lo quisiera... Incluso, quizá, de escuchar de mis propios labios "viejo, te quiero". Y aunque me conmovió verlo de aquella manera, aunque en ese momento lo único que deseaba era abrazarlo y decirle cuánto lo quería, decirle que no importaba el pasado, que lo perdonaba, preferí sonreírle en silencio. Era un gesto con el que pretendía solidarizarme con él, comunicarle que lo amaba sin decírselo, ya saben, una sonrisa cómplice..., pero ese gesto, esa sonrisa, creo que no pasó de ser una mueca inútil, apenas parecida al gesto de una sonrisa. (Pausa.) Después, inmediatamente después, mientras trataba de ganarle terreno al temblor que de pronto se había apoderado de mis manos, procedí a llenar nuestros vasos que se habían quedado vacíos rato atrás. ¡Y eso fue todo! Nos tomamos aquel último trago en silencio, rehuyéndonos las miradas. Literalmente ha sido el trago más amargo que me he bebido en la vida. Y luego ya ninguno tuvo ni el valor ni la fuerza para retomar la conversación en el punto exacto donde la habíamos dejado.

9 / La fábula de las ranas saltadoras

Simón está sentado a la mesa.

Frente a él hay un plato servido y una cesta de pan intactos.

Entra Ana.

Lleva un delantal de cocina.

Ambos visten rigurosamente de negro.

ANA: No has probado tu plato.

SIMÓN: (*Sombrío.*) No tengo hambre.

ANA: Pues deberías obligarte a comer un poco. Tienes que cuidarte. Tu salud es frágil.

SIMÓN: No me apetece nada.

ANA: ¿Lo retiro entonces?

SIMÓN: Por favor.

*Ana retira el plato, la cesta de pan y los cubiertos de la mesa.
Sale.*

ANA: (*Desde bastidores.*) Olvidé decirte que esta mañana ha telefoneado Javier.

SIMÓN: (*De pronto ilusionado.*) ¿¿Si?! ¿Por qué no me despertaste? (*De nuevo sombrío.*) Su vuelo era al mediodía. ¿Llamó para despedirse? ¿Telefonó desde el aeropuerto?

ANA: (*Desde bastidores.*) No, telefonó desde el hotel. No se ha ido. Sólo se fue su mujer. Él decidió quedarse unos días más porque necesitaba hacer algunas diligencias.

SIMÓN: ¿Algunas diligencias? Pero ¿qué tipo de diligencias puede hacer Javier aquí?

Silencio.

Entra Ana.

Ya va sin delantal.

ANA: Me dijo que vendría a principios de la tarde.
Después de almuerzo.

SIMÓN: ¿Y no tuviste la delicadeza de invitarlo a comer?

ANA: Lo hice. Pero me dijo que ya había quedado a comer
con otras personas.

*Ana va hacia el seibó y de una de las gavetas saca
un encendedor y una cajetilla de cigarrillos. Fuma.*

SIMÓN: ¿No lo habías dejado?

ANA: Con lo de mamá me enganché otra vez.

SIMÓN: Mala cosa.

Larga pausa.

SIMÓN: Bueno, me voy a mi cuarto.

*Se levanta para salir.
Llaman al intercomunicador.*

ANA: ¡Ése debe ser Javier! (Va y descuelga el auricular
del intercomunicador.) Diga. (Breve pausa.) Hola,
Javier. Ya bajo a buscarte.

*Sale.
Simón se queda parado junto a la mesa. Luce
impaciente. Silencio.
Luego de un rato entran Ana y Javier.*

SIMÓN: ¡Hijo!

JAVIER: Papá.

*Javier va hacia Simón; se abrazan y besan con
cariño.*

SIMÓN: Ana recién me acaba de dar la noticia de que no te
habías marchado porque tenías que arreglar no sé
qué asunto.

Javier mira a Ana.

ANA: También le dije que te había invitado a comer y
que tú no habías aceptado porque habías quedado
con otras personas.

SIMÓN: ¿Y se puede saber qué asuntos son esos? Los que tenías que arreglar, digo... Porque recuerdo bien que hace unos días me dijiste que tu vida ya no estaba aquí sino en el norte.

Breve silencio.

JAVIER: Papá, tenemos que hablar.

SIMÓN: ¿No lo estamos haciendo ya? ¿O acaso quieres que salgamos para...?

JAVIER: No, no. Está bien aquí. Además, necesito que Ana esté presente y escuche lo que voy a decirte.

Simón mira a Ana, luego vuelve a mirar a Javier.

SIMÓN: Pues tú dirás.

JAVIER: ¿Puedes sentarte, por favor?

SIMÓN: Estoy bien así, gracias.

JAVIER: Okey.

Javier se pasea de un lado a otro, nervioso, sin decidirse a empezar a hablar.

Simón y Ana lo observan.

Silencio.

JAVIER: Los tres sabemos que tú y Ana no pueden vivir juntos bajo un mismo techo...

SIMÓN: Pero ¿qué dices, hijo? Ana y yo llevamos viviendo bajo este mismo techo más de treinta años.

JAVIER: Perdón. Tal vez no me he expresado correctamente. (*Breve pausa.*) Lo que quería decir, papá, es que tú y Ana se la pasan discutiendo y peleándose como perros y gatos por cualquier cosa, lo que desde luego convierte la convivencia de ambos en algo para nada grato.

SIMÓN: Ah. Eso es otra cosa, hijo. Y ahí sí que estás en lo cierto. Aunque te juro que no soy yo sino ella la que siempre empieza la pelea.

ANA: ¿Si? ¿Estás seguro, papá?

SIMÓN: ¿Lo ves? Es ella la que no me tiene paciencia ni me soporta a mí.

JAVIER: Bueno, la cuestión es que mientras vivía mamá el asunto no pasó a mayores; la sangre nunca llegó al río porque ella servía de mediadora. Pero ahora que ya no está, la vida de ambos en esta casa podría convertirse en un infierno.

Breve pausa.

JAVIER: Incluso Ana me ha comentado que... de aquí en adelante... no cree que pueda... o mejor aún, que no está dispuesta a... En fin, que se le haría muy cuesta arriba cuidar de ti.

*Simón vuelve a mirar a Ana.
Ella le esquiva la mirada.*

SIMÓN: ¡Pues que no lo haga!

JAVIER: No es así de sencillo.

SIMÓN: Y que conste que nunca se lo he pedido. Aunque por supuesto es su obligación. Es obligación de los hijos velar por sus padres cuando son mayores, pero no importa... ¡La relevo de esa responsabilidad! Puedo arreglármelas solo.

JAVIER: Papá, sabes que eso no es verdad. No puedes arreglártelas solo. En los últimos años dependías totalmente de mamá. No sabes cocinar, lavar o planchar... Ni siquiera tienes la costumbre de hacer tu propia cama en las mañanas. Reconoce que nunca te preocupaste por aprender labores domésticas. Dime entonces: ¿cómo podrías arreglártelas solo?

SIMÓN: Puedo aprender.

JAVIER: Además, están tus problemas de salud...

SIMÓN: No son más que achaques de la edad.

JAVIER: No puedes vivir solo, papá. Necesitas de alguien que esté pendiente de ti. (*Pausa.*) Ana piensa que lo mejor para ti sería... En fin, que estarías

mucho mejor en una de esas residencias de cuidados para personas mayores.

SIMÓN: ¿Un geriátrico? ¿Piensan encerrarme en un geriátrico?

JAVIER: Ha sido idea de Ana.

SIMÓN: Quiero saber qué piensas tú.

JAVIER: (*Tras una pausa.*) Estos lugares no son lo que solían ser años atrás, papá... Ahora tienen otra concepción. Son más hospitalarios, cómodos y agradables, tanto como un hotel. La gente que trabaja allí está bien preparada y es muy simpática, amable y servicial... Ah, y estarás rodeado de personas de tu edad. Allí no te vas a sentir encerrado.

SIMÓN: ¿Has vivido acaso en uno de esos lugares, Javier?

Breve pausa.

JAVIER: No. Por supuesto que no he vivido en uno de esos lugares, pero he estado visitando algunos en estos días y...

SIMÓN: ¡Ah! Para eso te has quedado... Los dos tenían esto ya arreglado, ¿verdad?

JAVIER: Te juro que no es así.

SIMÓN: Y mi opinión por lo visto no cuenta para nada.

JAVIER: Papá, escucha...

SIMÓN: ¡No! ¡Escucha tú, Javier! Se trata de mi vida y ustedes han decidido por mí sin consultarme.

JAVIER: No te pongas así. Sólo se trata de una propuesta.

SIMÓN: ¿Una propuesta? Ya has estado visitando geriátricos y dices que Ana no piensa cuidar de mí en adelante, algo que, dicho sea de paso, es su obligación...

ANA: ¿Mi obligación? Espera... No recuerdo haber firmado ningún contrato.

- SIMÓN: ¿Firmé yo uno para darles de comer, vestirlos y educarlos durante años?
- ANA: Te casaste con mamá, ¿lo has olvidado?
- SIMÓN: "Cría cuervos y te sacarán los ojos". (Pausa.) Sinceramente esto es algo que no me esperaba de ustedes... Mis hijos... ¿Qué ha sido de los valores que le inculcamos su madre y yo? ¿Qué han hecho con la responsabilidad, el respeto, la solidaridad? Veo que no han aprendido nada, que todas esas enseñanzas cayeron en saco roto, en tierra estéril. ¿De qué han servido los años que dediqué en cuerpo y alma a esta familia, partiéndome la espalda de sol a sol en la fábrica para traer dinero a casa? ¡De nada! ¡Todo para nada! Para que al final de mi vida mis propios hijos me den la espalda y me encierren en un geriátrico...
- ANA: ¡Caray! Te pintas como un padre abnegado, excepcional, pero, ¿estás seguro de que ése es realmente tu retrato?
- JAVIER: ¡Ana! (A Simón.) Papá, no estamos dándote la espalda. Todo lo contrario. Estamos preocupados por tu salud, tu bienestar, por tu futuro.
- SIMÓN: Y por eso quieren recluirme en un geriátrico.
- JAVIER: Lo hemos considerado como una alternativa porque ni Ana ni yo podríamos cuidarte como es debido. No nos sentimos capacitados para...
- SIMÓN: No se sienten capacitados... Imagínate si luego de tenerlos a ustedes, al poco tiempo, Alicia y yo hubiéramos salido corriendo a entregárselos a otras personas porque pensábamos que no podíamos cuidar de ustedes como era debido; porque no nos sentíamos capacitados. Ni su madre ni yo teníamos experiencia previa de lo que era ser padres y, a pesar del miedo que ambos sentíamos, cuidamos de ustedes de la mejor manera que pudimos.
- ANA: Esa era su responsabilidad. Nosotros no pedimos venir a este mundo.
- SIMÓN: Pero qué bien te la has pasado desde entonces, ¿no? Tanto así que aún vives en esta casa. Y ahora

cuando te corresponde asumir la responsabilidad de cuidar de mí, pretendes escurrir la arruga.

ANA: ¿Entonces esa es la razón por la que tú y mamá nos trajeron al mundo? ¿Para que cuidáramos de ustedes cuando estuvieran viejos y no pudieran valerse por sí mismos? ¡Caramba! Es bueno saberlo. No querían hijos sino un par de pólizas de seguros, una especie de plan dorado para la vejez.

JAVIER: Ana, por favor.

ANA: Si sólo eso hemos sido para ti, papá, porque me consta que mamá no pensaba de esa manera, me da mucha pena por ti.

SIMÓN: Así como los padres tienen deberes para con los hijos, los hijos tienen deberes para con los padres... Sobre todo al final de los días de los padres, cuando ya son viejos y vulnerables... Nosotros cuidamos de ustedes cuando eran unos niños incapaces de valerse por sí solos, e incluso tratamos de hacer de ustedes buenas personas, preparándolos para el futuro... No es algo que yo haya inventado para fastidiarte, Ana, simplemente es una ley de vida. Si el más fuerte de la familia no puede cuidar del más débil, ¿tiene sentido que nos autoproclamemos *civilizados*?

ANA: "Ley de vida...". Según tú, los bebés no vienen con un pan bajo el brazo, como reza el dicho popular, sino con un par de grilletes atados a los tobillos. Unos grilletes que deben soportar por años hasta que sus padres hayan muerto. Sólo a partir de entonces podrían empezar a vivir sus vidas. ¿Es así como ves a la familia?

SIMÓN: Está claro que no tiene sentido que nos autoproclamemos *civilizados*.

JAVIER: Papá, si estuviera en mis manos, te juro que te llevaría a vivir conmigo, pero...

SIMÓN: Y yo te aseguro que si eso fuera verdad, que si tus palabras ahora mismo estuvieran saliendo de lo más profundo de tu corazón, y no fueran un gesto para quedar no sólo bien conmigo sino sobre todo contigo mismo, te aseguro que yo haría las maletas y me iría contigo, hijo... Sin pensarlo, mandaría

al gran carajo todos mis prejuicios hacia los gringos y su país... Pero, Javier, sé que tus palabras no son más que un trámite cuyo único objetivo es ahuyentar tus propios remordimientos.

JAVIER: Papá, yo...

SIMÓN: Aún conservo un poco de dignidad, ¿sabes?

Largo silencio.

SIMÓN: Estoy cansado. Quisiera irme a mi cuarto. Pero antes me gustaría contarles algo. Se trata de una pequeña historia con moraleja. Una fábula. Como las de Esopo, ¿recuerdan? Solía contárselas cuando eran pequeños. Ahora que lo pienso, creo que ésta en particular nunca llegué a contárselas. Quizá nunca se presentó la ocasión o yo no supe aprovecharla. Por favor, escuchen con atención, sin interrumpirme. (*Reflexiona. Breve pausa.*) Cierta tarde, un grupo de ranas iba saltando muy alegre por el bosque. De repente, dos de ellas cayeron en un hueco. Enseguida, con curiosidad, todas las demás se aglomeraron alrededor de la boca del hueco. Cuando se percataron de lo profundo que estaba, le dijeron a las dos ranas que habían caído que, para efectos prácticos, se dieran por muertas. Las dos ranas no hicieron caso a los comentarios de sus compañeras y comenzaron a saltar para tratar de salir, utilizando para ello todas sus fuerzas. Mientras tanto, arriba, las otras continuaban insistiendo en que sus esfuerzos serían en vano, inútiles. Finalmente, una de las ranas decidió hacer caso a lo que las demás decían y se rindió, se desplomó y murió. La otra rana continuó saltando tan fuerte como le era posible. Una y otra vez, la multitud de ranas le gritaba y le hacía señas para que dejara de sufrir y que simplemente se resignara y se dispusiera a morir, como lo había hecho la otra, ya que no tenía caso seguir luchando. Pero la rana del fondo saltaba cada vez con más fuerza hasta que por fin consiguió salir del hueco. Una vez que estuvo fuera, las otras ranas la rodearon con gran expectación y empezaron a hacerle preguntas y fue entonces cuando se dieron cuenta de que era sorda, que en todo momento, mientras había estado en el fondo, había pensado que sus compañeras la estaban animando a esforzarse para salir cuando en

realidad era lo contrario. ¡Fin de la historia!
(*Pausa.*) ¿No es irónico? La palabra tiene poder de vida y de muerte. Para una rana significó sobreponerse a sus limitaciones y salvarse a sí misma, para la otra representó su propia tumba. Les dejo de tarea reflexionar sobre la moraleja. Estoy cansado. Me voy a mi cuarto. Adiós.

Sale.

Ana y Javier se miran sin decir palabra.

10 / La coartada de Simón

Simón ante el público y los reflectores.

SIMÓN: Mi madre se llamaba Esperanza. Era una mujer sencilla, humilde y extraordinariamente solidaria. Una muchacha de pueblo, como solía decirsele en aquella época. Un buen día llegó a su vida un hombre, un extranjero, norteamericano, para más señas, que la cortejó y le llenó la cabeza de flores y estrellas... Como era de esperarse, se enamoró perdidamente del gringo y sucedió lo inevitable: quedó preñada. Después de darle la noticia, él desapareció de su vida de la misma repentina manera en que había llegado. A partir de entonces Esperanza pasó a ser una madre soltera y una mujer algo menos confiada, aunque, para qué negarlo, igual de solidaria. (*Pausa.*) Esperanza era la menor de cuatro hijas. A raíz del embarazo su vida cambió de forma radical. El padre la echó de casa y nunca le perdonó que lo hubiera deshonrado de aquella manera. La madre no pudo hacer nada. O no quiso hacer nada, que para los efectos era lo mismo. A contracorriente de lo que cualquiera que la conocía hubiera imaginado, ella no se echó a morir sino que decidió abandonar el pueblo y tratar de comenzar, lejos, muy lejos de allí, una nueva vida. Consiguió salir adelante trabajando como domestica en las casas de algunas de las familias ricas de un pueblo vecino donde acabó estableciéndose. (*Pausa.*) Pese a que crecí preguntándole a mamá sobre quién había sido mi padre, sólo obtuve de ella respuestas evasivas o largos silencios. No supe de esta historia que ahora les cuento sino veinte años después, cuando, ya agonizante, ella misma me la contó en su lecho de muerte. Junto con la historia me entregó una vieja fotografía del que era mi padre. Al dorso había una cursi dedicatoria, con muy mala ortografía, dirigida a mamá, firmada por aquel extranjero que la había engañado y abandonado. (*Pausa.*) No sé si fue a causa del dolor de la pérdida, o de la obstinación que me ha caracterizado desde siempre, que, luego del velorio y funeral de mamá, decidí que iría tras los pasos del gringo. Y por fin, después de años de búsqueda y de prolongados viajes, por fin pude

dar con él en Caracas. Era el dueño de una prestigiosa marca de calzado, líder del mercado, y que poseía su propia fábrica. Estaba casado y era padre de tres adolescentes. Al parecer hacía años que vivía una buena racha, rodeado de comodidades y de lujos. Como pude me las ingenié para entrar en su fábrica y empecé a trabajar de obrero. Dicen por ahí que la venganza es un plato que se saborea frío... Así que yo me tomé mi tiempo. Porque por aquellos días el tiempo era algo que me sobraba. Trabajé duro y sin pausa hasta hacerme imprescindible. Gracias a mi entrega empecé a ganarme la confianza de mis supervisores y cada vez que se presentaba una oportunidad para ascender en mi área, mi nombre era de los primeros en la lista. Tardé seis años para que el dueño de aquella fábrica, el gringo que había engañado a mamá, se fijara en mí. Fue durante la fiesta de fin de año de un año que había sido el mejor de la historia para la empresa: habíamos roto todos los records de producción. Aquel día se acercó a mí, me estrechó la mano y me dio las gracias por la entrega y la lealtad hacia la empresa. Ya para entonces yo ocupaba un cargo de supervisor. También me dijo, que si yo quería, podíamos continuar creciendo juntos en los años venideros. Y así fue. Los dos siguientes años volvimos a batir record de producción y yo continué mi escalada en la jerarquía de la fábrica. Entonces creí que había llegado el momento de hacer lo que había ido a hacer. (Pausa.) En aquella época el movimiento sindical era inexistente, casi clandestino. Sólo unas pocas empresas en el país tenían sindicatos asimilados dentro de sus estructuras. Se podían contar con los dedos de una mano. Pero la mayoría eran sindicatos con dirigentes genuflexos y, en las que no había, era casi imposible organizar uno. Atreverse era causal de despido. Los canales formales de comunicación de las empresas no escatimaban esfuerzos para dejárselo bien claro a sus empleados. Aunque, ¿quién podía desconfiar de un supervisor que en los últimos años lo había dado todo por la empresa y de quien se decía que en pocos años llegaría a los puestos más altos de la fábrica? Cierta día, cuando ya contaba con la lealtad de unos cuantos obreros claves, y, con la simpatía de la mayoría, nos decidimos a hacer nuestra primera huelga. Ninguno de los miembros de la directiva de la

planta se lo esperaba. Mucho menos que yo estuviera liderando aquel movimiento. Prácticamente los mantuvimos en cautiverio mientras realizábamos nuestra huelga. Incluso nos las ingeniamos para que la prensa estuviera presente y cubriera cada detalle de nuestra iniciativa. Como es natural, solicitamos una serie de reivindicaciones y mejoras en nuestras condiciones laborales, tanto en nuestra paga y obligaciones, como en las instalaciones de la fábrica. Y desde luego exigimos la presencia del dueño que en esos momentos no se encontraba en la ciudad. (Pausa.) Tardó cinco días en presentarse. Antes, la policía había tratado de desalojarnos, pero conseguimos resistir. Al principio de las negociaciones él se mostró arrogante, sin la más mínima intención de ceder, pero hubo un momento en que pareció quebrarse, venirse abajo sin más y empezó a hacer concesiones. Aquella tarde conseguimos todas las reivindicaciones laborales que nos habíamos propuesto y fundamos oficialmente nuestro sindicato. Fue uno de los triunfos más significativo y sonados del movimiento obrero de la época y mi bautizo de fuego en el movimiento sindical. Pero lo que recuerdo con mayor satisfacción fue la expresión en el rostro del dueño de la fábrica. En sus ojos se veía claramente el brillo de la decepción, de la desilusión hacia una persona en quien había depositado su confianza. Por supuesto, yo no decepcioné a aquel hombre en el mismo modo en que él había decepcionado a mi madre cuando la abandonó. No hay comparación. Pero al ver aquella expresión en su rostro, me bastó para sentirme recompensado. Y lo que más me complace de todo es que nunca llegó a saber que yo era hijo suyo.

11 / El día del juicio final

Ana y Javier ante el público y los reflectores.

JAVIER: Al día siguiente de aquella tensa conversación que mantuvimos Ana y yo con papá, ella me llamó por teléfono al hotel...

ANA: ¡Aló! ¿Javier?

JAVIER: Lo primero que noté al coger el auricular era que se la escuchaba bastante alterada...

ANA: ¡Papá no durmió anoche en casa!

JAVIER: Al principio no entendía nada.

ANA: Esta mañana, cuando me levanté y no lo vi en la sala, como todas las mañanas, creí que se había quedado dormido a causa de los desvelos de los últimos días...

JAVIER: Porque papá es de los que siempre se levantan temprano.

ANA: Pero cuando se acercaba el mediodía, me preocupé y decidí llamar a la puerta de su cuarto. Nadie respondió. Así que abrí la puerta y me asusté cuando vi la cama hecha, sin una sola arruga. Exactamente como yo la había dejado la mañana anterior.

JAVIER: Papá no suele hacer la cama al levantarse. Eso es algo que nunca ha formado parte de sus hábitos.

ANA: Tras recuperar el aliento, busqué en el armario y me di cuenta de que allí faltaban algunas de sus camisas y pantalones. También faltaba una de las maletas pequeñas. Entonces concluí que la noche anterior, después de que me fui a la cama, se había largado de casa.

JAVIER: ¿A dónde podría haber ido?

ANA: ¡Qué sé yo!

JAVIER: Le dije a Ana que se calmara, que por favor fuera recordando los nombres de las personas con las que papá hubiera podido contactar... A quienes pudiera acudir en caso de...

ANA: ¡No tengo ni idea!

JAVIER: En fin, le dije que fuera pensando en eso y que en una hora me reuniría con ella.

ANA: Cuando Javier llegó a casa, más de hora y media después, ya yo había armado una lista con los nombres de las personas a quienes solía frecuentar papá... A quienes él hubiera recurrido para solicitar ayuda... Tal cual como mi hermano me había sugerido...

JAVIER: No era una lista larga. En realidad no llegaba ni siquiera a diez nombres.

ANA: ¿Qué puedes pedirle a la lista de amigos y conocidos de un hombre que sobrepasa los ochenta años? A esa edad son más los amigos enterrados o postrados en una cama, que los amigos que permanecen vivos y con las botas puestas.

JAVIER: Al menos la lista sirvió como punto de partida para iniciar nuestra búsqueda.

ANA: El resto de la tarde de aquel día se nos fue en tratar de contactar a la gente de la lista.

JAVIER: Pero con aquellos que conseguíamos hablar no sabían nada de él. La última vez que lo habían visto había sido en el funeral de mamá.

ANA: Yo empecé a preocuparme más y más y la cabeza comenzó a llenáreme de tonterías.

JAVIER: Le pedía a Ana que se tranquilizara. Que lo peor que podíamos hacer en ese momento era dejarnos ganar por la ansiedad y la desesperación.

ANA: Al día siguiente visitamos las salas de emergencia de algunos de los hospitales de la ciudad.

JAVIER: Porque confieso que yo todavía no quería acudir a la policía.

ANA: Aunque hubiera sido lo mejor, porque era de cajón que la situación nos había desbordado a ambos.

JAVIER: Pero ella insistió y al final yo accedí... Al tercer día fuimos a la policía para poner la denuncia de la desaparición de papá.

ANA: Entonces vinieron los interrogatorios.

JAVIER: Era eso lo que yo precisamente estaba tratando de evitar, hermanita.

ANA: Que si nuestro padre estaba enfermo.

JAVIER: Que si había recibido un disgusto fuerte o alguna mala noticia en días recientes. ¡Imagínense!

ANA: Que si éramos buenos hijos.

JAVIER: Que si velábamos por la salud y el bienestar de nuestro padre.

ANA: Que si le tratábamos bien.

JAVIER: Que si nos preocupábamos de hablar frecuentemente con él.

ANA: Que si le teníamos paciencia.

JAVIER: Que si nos esforzábamos por hacerle la vida más fácil.

ANA: Que si no lo atormentábamos con tonterías.

JAVIER: Que si nos interesábamos por sus cosas.

ANA: Que si teníamos por costumbre pelearnos con él o llevarle la contraria.

JAVIER: Que si a menudo le llamaba por teléfono desde los Estados Unidos.

ANA: Que si salía solo a la calle o yo solía acompañarlo.

JAVIER: Que si le decíamos con cierta frecuencia "te quiero"...

Silencio.

ANA: ¡Fue horrible!

JAVIER: Una situación francamente incómoda. ¿Cómo es que habíamos llegado a eso?

ANA: Hablar de nuestras intimidades... En una habitación de paredes desnuda y tan fría como el freezer de una nevera... Frente a un par de completos desconocidos.

JAVIER: A mí no paraban de sudarme las manos.

ANA: Yo... ta-ta-ta-tar-ta-ta-mudeaba.

JAVIER: Nos hicieron sentir culpables. ¡Como si ella y yo fuéramos unos vulgares delincuentes!

ANA: Un par de malas personas.

JAVIER: Y no éramos más que...

ANA Y

JAVIER: ¡Sus hijos!

Silencio.

ANA: Los días pasaron y seguíamos sin tener noticias de papá.

JAVIER: Y la policía sin tener ni puta idea de su paradero.

ANA: Me vi obligada a pedir un permiso no remunerado en la ONG para la que trabajaba.

JAVIER: A mí se me agotaba el tiempo y mi tercer permiso consecutivo en mi nuevo empleo.

ANA: De esta manera supimos que había algo peor que ver morir, de forma repentina, a uno de tus seres queridos...

JAVIER: Y era que uno de tus seres queridos desapareciera repentinamente sin dejar rastro.

ANA: Sin decir adiós, sin dejar siquiera una carta, una nota en la que explicara el porqué de...

JAVIER: Su abandono...

ANA: ...Del silencio que siguió a su desaparición... A veces no saber es mucho peor que saber...

Silencio.

JAVIER: Una tarde me armé de valor y entonces hablé con Ana sobre aquella última conversación que habíamos tenido con papá.

ANA: Cuando nos contó la fábula de las ranas saltadoras.

JAVIER: No cabe duda que ya antes de contarnos esa fábula había pensado lo que iba a hacer.

ANA: Por supuesto.

JAVIER: Y le pregunté que a qué rana asociaba ella el comportamiento del viejo... El de su desaparición repentina sin decirnos nada, sin dejar rastro, sin una nota en la que nos explicara...

ANA: La pregunta exacta que me hizo Javier fue: ¿cuál de las dos ranas crees que ahora mismo está siendo papá?

JAVIER: ¿La rana que se resigna a morir, después de oír a sus compañeras, en la profundidad de aquel hueco en medio del bosque?

ANA: ¿O la que no se da por vencida y consigue salir de allí gracias a una percepción equivocada de la realidad?

JAVIER: ¿La rana sorda?

ANA: ¿O la que oía?

JAVIER: Pero ninguno de los dos supo a cuál de las dos ranas había querido imitar papá con su huida y su silencio.

Silencio.

JAVIER: Poco después regresé a mi vida en los Estados Unidos.

ANA: Y yo me reintegré a la ONG.

JAVIER: Al principio llamaba a diario por teléfono a Ana.

ANA: Pero después sus llamadas se fueron espaciando, diluyéndose en los días que se sucedían de forma monótona y gris.

JAVIER: Le decía que ambos teníamos que hacer un esfuerzo por volver a nuestras vidas, retornar a nuestras respectivas rutinas.

ANA: Para ti seguramente fue más fácil. Porque no tenías que regresar cada noche a la misma casa que habías compartido con ellos durante años..., desde que naciste..., durante toda una vida...

JAVIER: Ana...

ANA: Mirar los mismos muebles, la misma cocina, la misma ventana que daba a la calle y por donde se colaban, al acabar el día, la luz lechosa de la luna y los perturbadores sonidos de la noche.

JAVIER: Ana...

ANA: Y en donde ahora todo es silencio.

JAVIER: Ana: yo no te abandoné...

ANA: Silencio y soledad.

JAVIER: Sólo estoy intentado recuperar mi vida.

ANA: Lo sé.

JAVIER: Tengo un hijo y una esposa a los que atender.

ANA: No tienes por qué sentirte culpable ni pedirme perdón. Lo entiendo. De verdad.

JAVIER: Tú también deberías formar una familia.

ANA: ¿Yo? ¿Una familia?

JAVIER: ¡Claro!

ANA: ¿Cómo la que formábamos mamá, papá, tú y yo?

JAVIER: No, igual no, Ana. Tiene que ser una familia distinta... O tal vez no sólo diferente sino resueltamente mejor... ¡Un hogar! Donde nuestros hijos crezcan sin traumas ni complejos. Guiados por los valores correctos. Donde se respete su individualidad, donde no sólo les enseñemos a ser libres sino a sentirse libres. Donde no haya mentiras ni engaños sino cariño y comprensión. Estoy seguro de que tú y yo seremos buenos padres para nuestros hijos, Ana. Al menos mejor de lo que fueron papá y mamá para nosotros.

ANA: ¿Y cómo podríamos ser buenos padres si ni siquiera hemos sido buenos hijos?

JAVIER: ¿Cómo?

ANA: ¿Acaso es eso posible?

JAVIER: ¿Ahora eres tú quien quiere restregarme en la cara tu superioridad ética y moral?

Silencio.

ANA: "La familia es la base de la sociedad".

JAVIER: Así es. Eso fue lo que nos enseñaron en la escuela.

ANA: Por fin comprendo por qué el mundo está tan jodido.

Ana sale.

Javier permanece en su sitio.

Las luces comienzan a descender lentamente.

FIN